



Secretos a Voces

Oswaldo Rebolleda



Secretos a Voces

Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Solo fue publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Portales de Gracia**

Revisión literaria: **Edith del Carmen Saldivia**

CAP - Centro de Adoración Patagónica (Sarmiento)

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción	5
Capítulo uno	
Los secretos de los Montes	12
Capítulo dos	
Las voces del desierto	25
Capítulo tres	
Las voces de la Justicia	44
Capítulo cuatro	
Las voces de la Gracia	64
Capítulo cinco	
Las voces del Dolor	79

Capítulo seis

El gran secreto a voces.....97

Capítulo siete

Las voces del Reino.....116

Reconocimientos.....132

Sobre el autor.....134



Introducción

¿Descubrirás tú las profundidades de Dios?

¿Descubrirás los límites del Todopoderoso?

Job 11:7

Hace un tiempo, recibí una invitación de un pastor amigo, para participar de un evento en la ciudad de Córdoba, en la provincia del mismo nombre, en la república Argentina. La actividad se desarrollaría durante un fin de semana y estaban programadas unas ocho reuniones diferentes.

Para mi asombro, el pastor me informó que el lema de esa convocatoria sería: “Secretos a voces”. Me envió la publicidad y me dijo que me moviera con libertad, dentro de este concepto. Realmente me gustó mucho la propuesta, porque me pareció todo un desafío. Me sentí feliz, como cada una de las veces que he visitado esa congregación, porque tengo una gran estima por todos ellos.

Un lema, es una frase o un enunciado, que expresa una aspiración o un ideal. Yo siempre considero importante los lemas de los congresos o eventos en los que participo, porque creo que nacen en el corazón de Dios. No pienso que un ministro organizador, busque un lindo título para convocar,

sino que recibe del Señor, el fundamento del evento, y en este caso era “Secretos a voces”.

Los días previos, comencé a introducirme en este concepto y me llevé la grata sorpresa de encontrarme ante un verdadero portal de revelación, que se fue abriendo en el transcurso de los días de manera asombrosa. Fue tan así, que no solo pude compartir interesantes mensajes en ese evento, sino que a mi regreso, hice una serie sobre el tema y determiné escribir este libro que estoy seguro que será de gran bendición para muchos.

Es cierto que he recibido de Dios, la gracia de poder escribir algunos libros, pero no ando buscando temas para hacer nuevas publicaciones, de hecho, ya tengo en carpeta algunos otros trabajos muy importantes, pero se dan de manera espontánea, no trato de forzar nada, porque no me gustaría encontrarme escribiendo algo que Dios no desea.

Cuando escribo un libro, lo hago porque el tema me atraviesa y no lo puedo contener. Simplemente encuentro riquezas suficientes para compartirlas, creyendo que es la voluntad de Dios y espero que ustedes también descubran en cada una de estas páginas, el deseo del Señor, de entregarnos algunos de sus valiosos secretos.

Bajo este concepto, “Secretos a voces”, se llenó mi espíritu de luz. Comprendí algunos misterios que el Señor en Su Gracia, nos fue relatando a través de los siglos. Debo

confesar que al recibirlo, tuve la sensación de que hoy en día, no estamos valorando de manera justa, Su generosa entrega, y a través de este libro, procuro aportar un nuevo enfoque a esa clara demostración de Su amor.

Las historias bíblicas, no son el resultado de ciertas investigaciones realizadas por algunos historiadores. Son acontecimientos que Dios mismo nos ha contado. ¿No es eso extraordinario? Reitero, los relatos bíblicos, no son el resultado de investigaciones teológicas, sino que son palabras surgidas del mismo corazón de Dios, que determinó contarnos algunas cosas que ocurrieron en ámbitos privados y cosas que nadie vio, ni oyó, excepto sus protagonistas. Y sin embargo, en Su gracia, Él determinó que llegaran a nosotros.

“Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto”.

2 Timoteo 3:16 NTV

Pensemos por un momento, que por ejemplo, los detalles primarios de la creación, no fueron cosas que alguien pudo ver. Solo el Señor, y que en Su gracia las describió para enseñarnos. Hago hincapié una y otra vez en la gracia, porque recibir conocimiento de las cosas eternas, contadas generosamente, sin obligación alguna, es un acto de amor maravilloso.

Dios podría habernos creado y punto. Sin embargo, ha determinado interactuar con los seres humanos desde el principio mismo. No solo eso, sino que a pesar de tantas rebeliones, tanto desprecio y tanta maldad, Él no ha dejado de hablarnos y hablarnos, para guiar nuestra vida y corregir nuestros pasos al bien.

“Dios, que muchas veces y de varias maneras habló a nuestros antepasados en otras épocas por medio de los profetas, en estos días finales nos ha hablado por medio de su Hijo...”

Hebreos 1:1 y 2

La armonía que existe a lo largo de las Escrituras no es debido a que sus autores se pusieron de acuerdo para exponer un mismo mensaje, sino que la fuente de ese mensaje es el mismo Dios, y esto es glorioso. Que el Creador del cielo y de la tierra, nos hable y nos cuente, aun situaciones que ocurrieron en secreto, o en el seno de Su intimidad es verdaderamente glorioso.

Por ejemplo, en los primeros días de la creación. ¿Quién escuchó cuando Dios dijo? ***“Sea la luz; y fue la luz...”*** (Génesis 1:3). Nadie pudo escucharlo, sin embargo sabemos que fue así, porque Dios determinó contarnos lo que dijo. ¿Cuántas personas saben que Dios dijo eso? ¿Acaso no es un secreto a voces?

Nosotros no tendríamos conocimiento de estas palabras, si en algún momento, el Señor no hubiese determinado contarnos lo trascendente. Ese glorioso momento pasó en el secreto de la nada, pero Él le dio voz para nosotros. Hoy, podríamos decir que millones de personas en el mundo saben lo que Dios le dijo a Adán.

Dios mismo nos contó cuál fue la misión que le asignó (**Génesis 1:28**), y cual su dura advertencia (**Génesis 2:17**). Nos contó la desobediencia, el resultado y quién la generó (**Génesis 3:1 al 19**). ¿No es eso glorioso? ¿No merece que meditemos en ello y que nos asomemos un poco más en muchos de los secretos que nos ha revelado a través de los siglos? Creo que sí, y ese es el propósito de este libro.

Creo que oír las voces de la Palabra, puede brindarnos la oportunidad de comprender, bajo un enfoque diferente, la gracia implícita de los diseños Divinos. Dios es el primer interesado en que sepamos mucho más de Él, por eso le puso voces, a los secretos del pasado y creo que nosotros estaremos dando valor a eso, tan solo con observar sus detalles.

Las Escrituras revelan la esencia y la grandeza de nuestro Dios. Ellas relatan e interpretan Sus acciones desde la creación misma, en los eventos humanos, en los hechos proféticos que surcaron su nación, en la vida, en la muerte, y en la resurrección de Jesucristo, así como también, en la vida de la iglesia del Nuevo Pacto.

La Biblia fue escrita en un período de 1600 años, en tres idiomas diferentes, como el hebreo, el arameo y el griego. Fue escrita en tres continentes diferentes, África, Asia y Europa. Dios inspiró a unas treinta y seis personas diferentes para escribirla, diferentes en edad, en cultura y en preparación intelectual. De hecho, utilizó la vida de profetas como Isaías, de sacerdotes como Samuel, de coperos como Nehemías, de pastores de ovejas o reyes como David. También uso la vida de profetas, de jueces, o libertadores como Moisés, sin considerar como una limitación la educación judía, griega o egipcia que ellos pudieran tener.

También lo hizo con pescadores como Pedro, cobradores de impuestos como Mateo o doctores como Lucas. Sin dudas, la diversidad intelectual y cultural era muy variada entre ellos, pero de ninguna manera afectaron la verdad eterna de Dios. El mismo Espíritu Santo guio el proceso de selección y transcripción por los cuales las Escrituras nos han llegado. Sin embargo, es la única fuente confiable de revelación, porque expresa las voces que proceden de lo profundo del corazón del Padre (**1 Corintios 2:10**).

Por tal motivo, le ruego su atención, en la lectura de este material, porque todo ejemplo será tomado de la gloriosa Palabra de Dios. Estoy persuadido de que, el mismo que la inspiró, el Espíritu Santo, hará una obra sobrenatural en quién esté verdaderamente dispuesto recibir un grado mayor de

sabiduría a través de estas páginas, que no pretenden más que honrar las voces de la Palabra revelada.

“Trata de ser sabio y actúa con inteligencia.

Pide entendimiento y busca la sabiduría como si buscaras plata o un tesoro escondido. Así llegarás a entender lo que es obedecer a Dios y conocerlo de verdad. Sólo Dios puede hacerte sabio; sólo Dios puede darte conocimiento”

Proverbios 2:2 al 6 VLS



Capítulo uno

Los Secretos de los Montes

*“El Señor es justo; él es mi Roca,
y en él no hay injusticia”*

Salmo 92:15 NVI

Los ataques sobre el carácter o las obras de Dios no son nada nuevo. Mientras que sigan existiendo pecadores en el mundo, habrá acusaciones de que Dios es injusto. Las tinieblas sueltan un manto de ignorancia absoluta sobre las conclusiones de impíos intelectuales, al grado de considerarse capaces de juzgar al Soberano.

Eso no debe sorprendernos, porque el mismo Adán después de pecar, y ante la pregunta del Señor, de por qué había comido del fruto prohibido, Adán dijo: *“La mujer que me diste por compañera, me dio del árbol, y yo comí...”*

(Génesis 3:12). Es decir, Adán no solo se sintió inocente de su pecado, sino que culpó a la mujer y no solamente a ella, sino a Dios mismo, por haber sido quién se la había dado.

Esa es la base de todos los análisis de los seres humanos, tratando de cuestionar al Creador por los hechos que no comprenden. Esa es la expresión de los ignorantes, de los cuales también fui parte en el pasado. Es la liviana conclusión de los que no ven, de los que no conocen Su amor, de los que no pueden escuchar Su voz. Sin embargo, esa es la gloria de los que hemos recibido Su gracia: “Que podamos conocerlo a Él, el único Dios verdadero...” **(Juan 17:3).**

“Más alábese en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová”.

Jeremías 9:24

Muchos sacan conclusiones de la posible creación del mundo a través de la teoría del Big Bang, explicando el origen del universo y su expansión, a partir de la materia misma, pero desconocen al Creador. No escuchan sus voces a través del grito de la creación misma. El Señor creó todo sin que los seres humanos pudiéramos verlo, pero nos cuenta diariamente Su obra, Su amor y Su grandeza, a través de lo creado.

“Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

Romanos 1:20

Al mirar la naturaleza, al mirar la belleza y la complejidad de la vida misma, deberíamos escuchar claramente las voces del Creador. Son secretos a voces, que tenemos un Dios, y es ese mismo Dios quién nos habla, cada vez con más ímpetu, diciéndonos que la tierra y su plenitud le pertenecen (**1 Corintios 10:26**). Y lamentablemente esa falta de reconocimiento, está produciendo el sacudimiento de una creación que se niega a ser gobernada por humanos en tinieblas. Los cambios del clima y los desastres naturales están gritando cada vez con más furia.

“porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora...”

Romanos 8:21 y 22

El Señor creó toda vida terrestre y nos dio a los hombres, la gran bendición de Su imagen y semejanza (**Génesis 1:26**). Puso a Adán en un huerto lleno de abundancia, lo bendijo y le entregó verdadera autoridad. Todos conocemos la historia de su pecado y la responsabilidad de su caída. Sin embargo, hoy en día, y

durante siglos, las personas han cuestionado a Dios, preguntándose ¿Si Dios es bueno, por qué lo permitió? ¿Si pudo hacerlo, porque no lo impidió? ¿Por qué creó al diablo, o porqué lo hizo malo cómo es? Todas preguntas nacidas en la ignorancia de los que no escuchan a Dios y se responden a sí mismos con vanas teorías.

Las personas en tinieblas, cuestionan la maldición sobre la tierra, y los padecimientos del hombre expulsado del huerto. Cuestionan el amor de Dios, por la destrucción causada en el diluvio universal de los días de Noé. Consideran que si Dios fuera un Dios justo, lleno de amor, tendría que haber perdonado a todos los pecadores, y no permitir una muerte tan cruel.

Ciertamente la biblia dice que la inundación arrasó con todo lo que tenía aliento de vida. ***“Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca...”*** (Génesis 7:23).

Hoy en día algunas personas se sienten ofendidas por la historia del diluvio, diciendo que es una prueba de la injusticia, la arbitrariedad o simplemente la mezquindad de Dios. Acusan a la biblia de promover un Dios temperamental que juzga indiscriminadamente y dicen que sólo un agresor podría ahogar a todas las personas, incluyendo a los animales existentes.

Dios siempre hace lo correcto, pero ellos hablan porque no lo conocen y no han gustado de Su amor. Hablan porque no conocen Su soberanía. Sus decretos y Sus juicios siempre son justos, la maldad está en el hombre, no en Dios. Si Él decretó un diluvio universal, entonces Él fue justo en hacerlo, no importa lo que digan los escépticos. No es de extrañar que la tendencia humana, sea definir la justicia de manera que nosotros mismos nos beneficiemos, pero veamos como luce el mundo cimentado sobre la justicia humana y encontraremos el peso destructivo de la oscuridad.

El diluvio fue justo, porque el Creador siempre tiene el derecho de hacer lo que le plazca con Su creación. Así como el alfarero puede hacer lo que quiera con la arcilla en su rueda, de igual manera Dios tiene el derecho de hacer lo que le plazca con el trabajo de Sus propias manos. ***“Todo lo que el Señor quiere, lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en todos los abismos” (Salmo 135:6).***

El Señor determinó y estableció en Su corazón la destrucción después de ver tanto pecado. ***“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón” (Génesis 6:5 y 6).*** Pero aun así, aun cuando pudo hacer Su santa voluntad, quiso dar Su voz llamando al arrepentimiento.

Nadie sabía que en Su corazón ya estaba cansado de tanto pecado, era su secreto, y pudo haberlo dejado así. Sin embargo, lo hizo voces en el arca, lo hizo voces en Noé, quién fue pregonero de justicia (**2 de Pedro 2:5**), gritando por casi cien años, lo que iba a ocurrir. El Señor llamó al arrepentimiento a todos, pero al igual que hoy en día, la gran mayoría simplemente determinó ignorarlo.

Que los hombres nunca han querido oír Su voz, no significa que Dios no haya hablado muchas veces. Siempre lo hizo y lo sigue haciendo hoy más que nunca. El diluvio universal en los días de Noé fue un justo castigo por causa de tanto pecado. Quienes dicen que el diluvio fue injusto, probablemente están expresando que la idea del juicio no le gusta y no desean considerar los muchos anuncios que el Señor hace a través de Su Iglesia respecto del juicio final.

Sin embargo y más allá de Su justicia, en el corazón de Dios, siempre hay una línea de gracia y de perdón. El Arca de Noé se posó en la cumbre de un monte cuando las aguas descendieron, y después Noé ofreció a Dios un sacrificio en el que el Creador hizo una alianza con la creación, prometiendo no traer tal destrucción sobre el mundo jamás (**Génesis 8:4 y 20 al 22**).

En la Biblia, las montañas a menudo, fueron lugares donde Dios se manifestó a los hombres de manera muy especial. Desde las montañas habló muchas veces y le cambió la vida a quienes tuvieron el privilegio de acercarse.

Es donde les habló y los envió de regreso al mundo con un mensaje profético. El Señor reveló muchos secretos en las alturas, y dio su voz para que la humanidad escuche lo que Su corazón deseaba expresar. Fueron secretos a voces, por amor a la humanidad.

Algunas generaciones más tarde, fue sobre otro monte, el Moriah, donde Abraham intentó obedecer a Dios, ofreciendo como sacrificio nada menos que a su hijo. Es verdad que lo hizo siguiendo el mandato de Dios, pero en el monte le reveló Su gloriosa intención. Fue en el monte donde el ángel de Dios detuvo la mano de Abraham y proporcionó un carnero para el sacrificio (**Génesis 22:1 al 14**).

Abraham había obedecido a Dios muchas veces en su caminar, pero ninguna prueba había sido más severa que la del monte Moriah. Abraham respondió con obediencia inmediata, a pesar de no comprender totalmente el confuso mandato de Dios. Eso le dio a Dios, la gloria que Él merece y es un ejemplo para nosotros de cómo glorificar a Dios. Cuando podemos oír Su voz, cualquiera sea su pedido debemos reaccionar aceptando Su señorío, comprendiendo además, que todo lo que Dios determina es bueno, agradable y perfecto (**Romanos 12:2**).

Cuando obedecemos como lo hizo Abraham, confiando en que el plan de Dios es el mejor escenario posible, enaltecemos Sus atributos y lo alabamos. La obediencia de Abraham ante este aplastante mandato, exaltó

al soberano amor de Dios, Su confiabilidad, y Su bondad, y nos proporcionó el ejemplo que debemos seguir.

Dios usó la fe de Abraham como un ejemplo para todos los que vinieron después de él, y la obediencia como la única forma de justicia. **Génesis 15:6** dice, *“Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia”*. Esta verdad es la base de la fe cristiana, como se reitera en **Romanos 4:3** y **Santiago 2:23**.

La justicia que le fue imputada a Abraham es la misma justicia acreditada a nosotros cuando recibimos por fe el sacrificio que Dios proveyó por nuestros pecados, a Jesucristo y determinamos obedecer Su voluntad. *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”* (2 Corintios 5:21).

La historia de Abraham en el Antiguo Testamento es la base de la enseñanza de la expiación en el Nuevo Testamento, la ofrenda sacrificial del Señor Jesús en la cruz por el pecado de la humanidad. Jesús dijo, muchos siglos después, *“Abraham vuestro padre se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó”* (Juan 8:56). Veamos en seguida algunos de los paralelos entre las dos narraciones bíblicas y escuchemos la voz de Dios, dando a conocer lo que había de ocurrir.

Cuando el Señor le dijo a Abraham *“...y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto...”* (Génesis 22:2),

lo estaba enviando estratégicamente al monte, donde se cree que después de muchos años, fue construida la ciudad de Jerusalén, ciudad donde Jesús fue crucificado fuera de sus muros (**Hebreos 13:12**). No era cualquier monte, era el monte secreto, desde donde Dios dio voces al mundo gritando Su amor.

“Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac...” (**Génesis 22:2**); *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...”* (**Juan 3:16**). La entrega del hijo era el reflejo del amor desgarrador del Padre. El carnero la provisión del cielo, para que no mueran los hijos de los hijos. Fue en un monte, fue en secreto, nadie lo vio excepto los ángeles, sin embargo, el Señor lo hizo voces, para que millones de seres humanos, podamos comprender que en Él y solo en Él, somos provistos (**Génesis 22:14**).

El Señor dijo: *“... y ofrécelo allí en holocausto...”* (**Génesis 22:2**), al igual *“...Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”* (**1 Corintios 15:3**). Luego *“Abraham tomó la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo...”* (**Génesis 22:6**), al igual que Jesús, quién Juan describe cargando su cruz (**Juan 19:17**).

Isaac, el hijo de Abraham, actuó en obediencia absoluta ante la voluntad de su padre, convirtiéndose en el sacrificio, sin resistir las claras intenciones de su padre, quién lo ató sobre el altar (**Génesis 22:9**). Jesús por su parte, siempre hizo la perfecta voluntad del Padre, incluso en el

Getsemaní, con todo su dolor, oró diciendo: ***“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”*** (Mateo 26:39).

Isaac como figura y Jesús como realidad, no dejan de ser las voces del amor: ***“Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofrecía su unigénito, habiéndosele dicho: En Isaac te será llamada descendencia; pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”*** (Hebreos 11:17 al 19). Ese es el poder de la resurrección y fue Jesús quién justamente ***“después de ser sepultado, resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras”*** (1 Corintios 15:4).

Fue un plan secreto, fue un diseño que los hombres no entendieron en su totalidad y Satanás, nunca pudo descifrarlo, pero hoy es la realidad de millones de personas que anunciamos a voces, el amor y la gracia de nuestro Dios.

Pero el Moriah, no fue el único monte que reveló secretos. Muchos años después un hombre fue sorprendido al matar a un egipcio por golpear a un esclavo hebreo y tuvo que huir al desierto. Ese hombre fue Moisés, quién huyó a Madian para no ser condenado por los egipcios. Fue entonces, cuando estaba cuidando el rebaño de su suegro en el Monte Horeb, Dios le habló desde una zarza ardiente, revelando el nombre secreto del Dios Todopoderoso.

Allí el Señor le dijo a Moisés: *“El clamor, pues, de los hijos de Israel ha venido delante de mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen. Ven, por tanto, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel. Entonces Moisés respondió a Dios: ¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel? Y él respondió: Vé, porque yo estaré contigo; y esto te será por señal de que yo te he enviado: cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, serviréis a Dios sobre este monte...”* (Éxodo 3:9 al 12).

Moisés accedió a obedecer a Dios. Dios prometió enviar a Aarón, hermano de Moisés, junto con él. El resto de la historia es bastante conocida. Moisés y su hermano Aarón, van a faraón en nombre de Dios y le exigen que deje ir al pueblo para adorar a su Dios. El faraón obstinadamente se niega, y diez plagas del juicio de Dios caen sobre el pueblo y la tierra, siendo la última plaga la matanza de los primogénitos. Antes de esta última plaga, Dios ordenó a Moisés que instituya la pascua y la sangre de los corderos, lo cual es un recordatorio del acto salvífico de Dios para redimir a Su pueblo de la esclavitud en Egipto.

Después del Éxodo, Moisés llevó al pueblo a la orilla del mar Rojo, donde Dios proveyó otro milagro para salvarlos, al dividir las aguas y permitiendo que los hebreos pasaran al otro lado al tiempo que se ahogaba el ejército egipcio (**Éxodo 14**). Moisés llevó al pueblo al pie del monte Horeb, también llamado Sinaí. De pronto, el lugar fue

envuelto en humo y se agitó violentamente, y el pueblo escuchó truenos (**Éxodo 19:18 al 20**), y fue ahí, donde el Señor le dio la Ley y se estableció el antiguo pacto con la recién formada nación de Israel (**Éxodo 19:24**).

Fue en ese monte, donde Moisés recibió las tablas, donde fue cubierto con la gloria del Señor, de tal manera que su rostro llegó a resplandecer (**Éxodo 34:29**). Fue en ese monte, donde pidió que no solo fuera el ángel que los acompañara, sino la misma presencia de Dios (**Éxodo 33:15**). Fue en ese monte, donde habiendo recibido la confirmación de Su presencia, Moisés pidió ver Su gloria y el Señor le permitió ver Su espalda, escondido en una roca (**Éxodo 33:18**).

Fue en ese monte, fue en el secreto, pero todos lo sabemos, todos recordamos el relato y lo predicamos en todo el mundo, porque el Señor en Su Gracia, permitió que todo se supiera. Fue en secreto, pero no fue solo para Moisés, fue también para nosotros. Por eso debemos escuchar Su voz y comprender que no somos hermanitos evangélicos, que todos los domingos practicamos rituales de culto, somos portadores de una verdad eterna que debe ser anunciada, porque Dios no es un secreto, Su obra de redención ya no es un secreto, Él quiere darse a conocer a través de nosotros, Su Iglesia, Su cuerpo, Su voz.

*“Y mostraré Mi grandeza y santidad,
y Me daré a conocer a los ojos de muchas naciones;*

y sabrán que Yo soy el Señor”
Ezequiel 38:23 NBLH



Capítulo dos

Las voces del desierto

“Recuerda el camino por el que el Señor tu Dios te guio durante todos estos cuarenta años en el desierto, para enseñarte a ser humilde, ponerte a prueba y saber lo que tú pensabas: para saber si ibas a obedecer sus mandamientos o no...”

Deuteronomio 8:2 PDT

En mayor o menor medida, todos sabemos la historia del peregrinar de los hebreos en el desierto. Les tomó unos cuarenta años entrar a la tierra de la promesa, en un viaje que podría haber durado apenas unas pocas semanas (**Éxodo 13:17 y 18**). También decimos rápidamente que todo el retraso fue consecuencia de las constantes murmuraciones y reiteradas desobediencias.

Sin embargo, no deseo enfocarme en las rebeliones del pueblo, sino más bien en la intención de Dios, ya que fue Dios, quién determinó llevarlos por el camino más largo y quiso enseñarles a ser humildes y obedientes. Fue Dios, quién determinó ponerlos a prueba indagando en el corazón de Su pueblo, para exponer el pensamiento de ellos, si lo iban a obedecer o no (**Deuteronomio 8:2**).

Esto deja en claro que la intención del Señor era hablarles, y realmente lo hizo de muchas maneras diferentes. Lo que impresiona un poco, es el hecho de que los llevara por una ruta tan larga, lo que deja en claro, que la prioridad no era llegar, sino que Su pueblo pudiera conocerlo a Él y aprender cuál era Su voluntad.

Cuando nosotros emprendemos un viaje en la vida, siempre esperamos que dure poco tiempo, o por lo menos procuramos que sea lo más breve o comfortable que pueda ser. Esto nos ocurre con viajes territoriales y también con los viajes que emprendemos para alcanzar algunas metas en nuestras vidas.

“Muchos planes hay en el corazón del hombre, pero solo el propósito del Señor se cumplirá.”

Proverbios 19:21 RVA 15

Nuestros planes, no siempre se producen en tiempo y forma conforme los intentamos programar, porque el Señor, nunca tiene apuro por darnos lo que deseamos. El Señor

nunca vela por nuestras metas, sino por Su propósito. Esto no significa que nos ignora, sino que por el contrario, nos incluye en Sus diseños, y esto es lo conmovedor de Su Gracia. Debemos comprender que para Dios, darnos algo que deseamos, puede ser un simple trámite, pero preparar nuestras vidas procurando que sean funcionales a Su propósito eterno, es todo un proceso sobre el cual Dios, no solo pone Su mano cada día, al tratar con nuestro ser, sino que además, debe hacerlo expresando mucho amor y mucha paciencia.

Por lo general, siempre que deseamos algo, creemos que estamos listos para recibirlo, por lo tanto, nos embarga la ansiedad, la impaciencia y muy probablemente tratemos de evadir las lecciones que Dios considere darnos. Por algo el apóstol Santiago aconsejó: *“queridos hermanos: todos ustedes deben estar listos para escuchar; en cambio deben ser lentos para hablar y para enojarse...”* (Santiago 1:19 DHH).

Aprender a escuchar es una actitud de suprema sabiduría, porque Dios, siempre está dispuesto a hablarnos de muchas maneras diferentes. Cuando no comprendemos Sus lecciones, o no vemos Su mano, puede ocurrirnos que el tiempo se vaya a la deriva, fuera de nuestras expectativas, como le ocurrió a los hebreos.

Cuando eso nos pasa, llegamos a preguntarnos qué es lo que estamos haciendo en el desierto, preguntándonos ¿Si

Dios camina con nosotros por qué no podemos alcanzar nuestras metas? Bueno, los hebreos se preguntaban lo mismo y no comprendían que era justamente porque estaban caminando con Dios, que no avanzaban rápidamente como ellos pretendían. Dios sigue siendo el mismo Dios, el que nos quiere llevar a la plenitud, pero que no tomará chicanas para lograrlo. Considerando que es más importante nuestro ser que nuestro tener.

El Señor, nunca está apurado, nunca nos dará lo que no estemos preparados para recibir. Él tiene como prioridad hablarnos y prepararnos para que al llegar, lo hagamos de manera exitosa. Él está interesado en nosotros, en que aprendamos todo lo necesario y eso es una gran demostración de amor.

Pero ¿Por qué el desierto? Bueno en realidad, cuando uno procura hablar algo importante con alguien, busca un lugar tranquilo y un tiempo suficiente para hacerlo. En lo espiritual para nosotros, el desierto no está determinado por un territorio como ocurrió con los hebreos, sino por una dimensión, una dimensión de alta enseñanza.

La palabra desierto en el hebreo, es la palabra **“Midbar”** (Strong H4057), que significa campo abierto, tierra inhabitada, pastizal, pastorear, pero también significa “habla” o “discurso”. El término viene de la raíz **“Dabar”** (Strong H1696), palabra que significa conversar, declarar,

hablar. En definitiva podemos concluir que desierto es el lugar inhabitado para hablar.

Esto podría parecer como un concepto forzado para justificar mí enseñanza, pero no es así, la verdad es que el término se originó para describir los lugares de pastoreo, compuestos de amplios territorios inhabitados, donde solo suele escucharse la voz de los pastores conduciendo a sus rebaños. Aunque debo decir, que en el desierto, también se deben escuchar el balido de otras ovejas y tal vez por las noches, el aullido de los lobos que andan al acecho.

Para nosotros y considerando que Jehová es nuestro pastor, como dice el **Salmo 23**, y nosotros ovejas de Su prado, como dice el **Salmo 95:7**, esto tiene mucho sentido. Hay tiempos en la vida, que somos introducidos a lugares áridos en donde solo podemos escuchar tres tipos de voces diferentes, nuestra propia voz interior, la voz del diablo y la voz de Dios.

Por supuesto, que una sola de estas voces, puede enseñarnos lo correcto, hablarnos la verdad y sacarnos en victoria. Cuando Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto (**Mateo 4:1 al 11**), seguramente escuchó la voz de sus pensamientos, que entraron en un proceso de muerte. La voz del diablo, que le hizo algunas propuestas perversas para hacerlo pecar y la voz del Padre, que a través de la Palabra lo sostuvo en la verdad.

El desierto es un lugar secreto, un lugar inhabitado, sin embargo, han trascendido sus historias, porque son ámbitos de alta enseñanza del Reino, y tenemos como claros resultados a los reprobados como algunos hebreos y a los aprobados como lo fue Jesús.

Por ejemplo, todos sabemos que Abraham había recibido de Dios preciosas promesas y la orden de dejar su tierra natal, por lo que viajó y se estableció con su familia en Canaán. Ancianos como eran, no tenían prole debido a que Sarai era estéril; así que fue ella misma la que haciendo uso de una suerte de alquiler de vientre de la época, consintió con que su marido deje embarazada a la esclava Agar.

Por esa idea fue que nació Ismael, situación que originó no pocos problemas dentro del seno hogareño. En definitiva esto puede enseñarnos, que el apuro y la ansiedad de los deseos, pueden generar terribles errores. Al igual que Abraham, los hijos de Dios, por más sinceros y fieles que sean, no están exentos de cometer actos de gran torpeza espiritual.

Después del nacimiento de Ismael y el posterior nacimiento de Isaac, los hermanos de igual padre pero de madres diferentes, comenzaron a pelearse de manera continua, por lo cual Saraí exigió a su marido que eche a la esclava con el adolescente.

Abraham, sin imponer su criterio, optó por hacer lo que le pedía Saraí y aunque el texto no lo dice podemos imaginarnos los estados de ánimo y perturbación mental que habrán experimentado tanto Agar como su hijo Ismael. Tal vez humillación, bronca, impotencia, temor, incertidumbre, y vaya a saber cuántos sentimientos más pudieron haber sido despertados por la trágica decisión de Abraham.

La obra de Dios no siempre se lleva a cabo en un ambiente ideal de asepsia espiritual. En ocasiones debemos lidiar con situaciones contaminadas por confrontaciones, rivalidades, discordias, injusticias. Pero es ahí, donde puede entrar en juego el desierto, porque en esos traumáticos procesos, el Señor siempre procurará enseñarnos.

Notemos que hay, dos oportunidades en las cuales Agar anduvo vagando por el desierto, la primera cuando lo hizo por decisión propia estando embarazada, y la segunda, cuando lo tuvo que hacer por obligación y nada menos que con su hijo Ismael. Las dos veces buscó el secreto de las zonas inhabitadas, pero es ahí, donde el mismo Dios Omnipresente siempre estuvo, dándole voces de amor para que pudiera seguir adelante.

Hay algo maravilloso en esta historia, que suele pasar inadvertido, y sucede en la primera huida de Agar hacia el desierto, porque siempre se hace mención al ángel de Jehová que se le aparece para hablarle, pero en realidad es Dios quién se apareció para comunicarse con ella (**Génesis 16:7, 9, 10 y**

11). De hecho, las Escrituras aclaran que el interlocutor con quien ella hablaba era nada menos que Dios (**Génesis 16:13**), es decir, más que una criatura, era el Creador mismo.

Esta “*teofanía*”, o como algunos prefieren llamarla, esta “*cristofanía*”, fue la primera en la historia de la humanidad, y sorprende que ocurriera con una mujer extranjera y esclava. Además no lo hizo con palabras de reproche sino de esperanza, porque en esa ocasión le dijo: ***“Multiplicaré tanto tu descendencia, que no podrá ser contada a causa de la multitud”*** (**Génesis 16:10**), augurándole un futuro promisorio para su descendencia. Esto también es increíble, porque siempre tenemos a los descendientes de Ismael, como los grandes enemigos del pueblo de Dios, incluso hasta nuestros días, pero ellos son un gran pueblo porque Dios lo determinó.

En la segunda y obligada ocasión en la cual Agar tuvo que partir al desierto de Beerseba junto a su hijo Ismael, definitivamente se perdió. Cuando se le acabó el agua, acostó al niño bajo un arbusto, y como no quería verlo morir, se apartó de él y fue a sentarse a un lugar algo apartada de él. Mientras estaba sentada, se echó a llorar con desesperación, y en ese momento, una voz del cielo le dijo: ***“¿Qué tienes, Agar? No temas; porque Dios ha oído la voz del muchacho en donde está. Levántate, alza al muchacho, y sostenlo con tu mano, porque yo haré de él una gran nación...”*** (**Génesis 21:17 y 18**). Ahí se hizo evidente, una vez más, que la voz

del Señor siempre estará presente en los ámbitos del “Midbar”, dando voces en el desierto.

Seguramente Agar habrá escuchado su voz interior clamando con indignación y desesperanza. Tal vez, también escuchó la voz de las tinieblas diciendo que su hijo moriría, o que mejor lo abandonara y se pusiera a distancia para no sufrir, pero al final, apareció la voz más importante, la voz de la esperanza, la voz del Señor.

Otro ejemplo que deseo citar es el de Jacob, quién enfrentó en su vida varios conflictos y aunque la mayoría fueron el resultado de sus malas decisiones, Dios nunca lo abandonó. Cuando mintió a su padre disfrazándose de su hermano Esaú, para robarle la bendición, fue amenazado por su hermano, y su madre le aconsejó huir antes que la muerte de su padre se produjera y Esaú determinara arremeter contra su vida.

Mientras Jacob huía de su hermano, procuró descansar y pasar la noche en un lugar desértico, ***“tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar...”*** (Génesis 28:11). Durante la noche Jacob tuvo un sueño, en el cual vio una escalera que llegaba hasta el cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles de Dios.

Después, Jacob ve a Dios por encima de todo quien le dijo: ***“Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu***

descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho...” (Génesis 28:13 al 15).

Al despertar de su sueño, Jacob, proclamó, “*¡Qué asombroso es este lugar! Es nada menos que la casa de Dios; ¡es la puerta del cielo!*”. Además Jacob le puso nombre a ese lugar desértico en donde tuvo el sueño y Dios le habló. Le puso “Betel” que quiere decir, “la casa de Dios”. Esto es muy significativo, porque el desierto, o el medio de la nada, pueden terminar siendo la casa de Dios, cuando Él simplemente desea manifestarse.

Hoy sabemos que nosotros somos su morada (**Efesios 2:22**), y los desiertos son dimensiones espirituales, pero nada ha cambiado en Dios, su amor y su misericordia, continúan manifestándose en nosotros, de la misma manera en que ocurrió con ellos. Por extraños motivos, solemos considerar a los personajes bíblicos como los grandes privilegiados. Sin embargo, el Pacto que nosotros vivimos hoy, es muy superior a las experiencias que ellos tuvieron, porque nosotros somos el cuerpo de Cristo.

El tiempo pasó y las circunstancias obligaron a Jacob volver a la tierra de sus padres nuevamente, donde tuvo que

enfrentarse con su hermano mayor Esaú, quien lo había amenazado de muerte, ya que Jacob lo había manipulado para comprarle la primogenitura y le había robado la bendición del padre. Jacob, estaba absolutamente horrorizado de tener que enfrentar este problema. El día antes de su encuentro con Esaú, su familia emprendió el camino mientras que él se quedó atrás. La Biblia dice que Jacob se quedó solo y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba (**Génesis 32:24**).

La lucha duró toda la noche, y Jacob no solo terminó rengo de por vida, sino que su nombre fue mudado a Israel. Ya nada fue igual en su vida, porque esa noche en el desierto, terminó peleando con Dios y con su destino. Creo que en la vida de fe, nadie se escapa de experimentar pérdidas, problemas, luchas y dolor, pero es la forma más efectiva a través de la cual, el Señor nos va llevando hacia los umbrales del quebrantamiento.

Incluso puede que nos encontremos en medio de un desierto, sin saber dónde ir, sintiéndonos abandonados, confundidos, sin esperanza, e indefensos ante ciertas circunstancias. Yo debo confesar que aun sirviendo a Dios, muchas veces me he encontrado en esos ámbitos de soledad y desesperanza. Sin embargo, también debo decir, que en cada una de esas ocasiones algo aprendí.

Los desiertos tienen la virtud de matar los sobrantes de nuestro ego y otorgarnos abundantes porciones de nuestro Dios. Tal vez, al salir de esos procesos, nos veamos iguales,

pero no es así, con el paso de los años, uno sabe que ya no es lo que fue. En los desiertos siempre hay muerte de ideas, de conceptos y sentimientos del alma, pero eso que ocurre en lo secreto, también se manifiesta a voces, dando verdaderos frutos.

“Envío Jezabel a Elías un mensajero, diciendo: Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos. Viendo, pues, el peligro, se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba, que está en Judá, y dejó allí a su criado. Y él se fue por el desierto un día de camino, y vino y se sentó debajo de un enebro; y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Jehová, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres...”

1 Reyes 19:2 al 4

Otro gran ejemplo bíblico es el de Elías, quién fue amenazado por Jezabel y profundamente deprimido se dirigió al desierto. El profeta fue protagonista del enfrentamiento cara a cara con los profetas del falso dios Baal en el monte Carmelo (**1 Reyes 18:17 al 40**). Los profetas de Baal, invocaron a su dios todo el día, deseando que lloviera fuego del cielo, pero todo fue en vano. Luego, Elías construyó un altar de piedras, haciendo una zanja alrededor, poniendo el sacrificio sobre la leña y pidiendo que derramaran doce cantaros de agua sobre el sacrificio.

Elías clamó a Dios, y Dios envió fuego del cielo, consumiendo el holocausto, la leña, y el agua que estaba en la zanja. Dios demostró ser más poderoso que los supuestos dioses falsos. Fue entonces cuando Elías y el pueblo mataron a todos los falsos profetas de Baal, conforme al mandato de Dios en **Deuteronomio 13:5**.

Después de la gran victoria sobre los falsos profetas, Elías oró y cayó nuevamente la lluvia sobre la tierra (**1 Reyes 18:41 al 46**). Sin embargo, y a pesar de la victoria, Elías entró en un período de temor y depresión (**1 Reyes 19:1 al 18**). El rey Acab, le había contado a su esposa Jezabel, acerca de la demostración del poder de Dios y ella, en lugar de volverse a Dios, se llenó de ira y juró matar al profeta para vengarse.

Al escuchar esto, Elías huyó al desierto, donde oró a Dios para que le quitara la vida. Sin embargo, Dios proveyó comida, bebida y descanso para Elías. Posteriormente, el cansado profeta realizó un viaje de cuarenta días hasta el monte Horeb. Allí, Elías se escondió en una cueva, sintiendo lástima de sí mismo, e incluso confesando su creencia de que solo él había quedado como siervo de Dios.

Fue entonces, cuando el Señor instruyó a Elías diciéndole: Sal fuera de la cueva y párate delante de mí, en la montaña. En ese momento Dios pasó por ahí, y de inmediato sopló un viento fuerte que estremeció la montaña, y las piedras se hicieron pedazos. Pero Dios no estaba en el viento. Después del viento hubo un terremoto. Pero Dios tampoco

estaba en el terremoto. Después del terremoto hubo un fuego. Pero Dios tampoco estaba en el fuego. Después del fuego se oyó el ruido delicado del silencio. Cuando Elías lo escuchó, se tapó la cara con su capa, salió y se quedó a la entrada de la cueva. En ese momento Elías escuchó una voz que le preguntó: ¿Qué estás haciendo aquí, Elías? (**1 Reyes 19:11 al 13**).

El Señor, le dio a Elías instrucciones de lo que debía hacer después de aquel glorioso momento, incluyendo ungir a Jehú hijo de Nimsi como futuro rey sobre Israel, y a Eliseo como profeta en su lugar, asegurándole además, que no estaba solo para servirlo, sino que aún había siete mil hombres en Israel, que no habían doblado sus rodillas ante Baal.

Elías obedeció los mandamientos de Dios, siguió adelante y levantó a Eliseo como su ayudante. Durante algún tiempo, ambos se ocuparon de Acab y de Jezabel, así como de Ocozías, el hijo y sucesor de Acab. En vez de morir de muerte natural, Elías fue arrebatado al cielo en un torbellino, pasando el manto profético a Eliseo, quién recibió una doble porción de su unción (**2 Reyes 2:1 al 11**).

Quise citar a Elías, porque su gestión profética, fue extraordinaria, pero más allá de todo poder manifestado, tanto en el monte Carmelo, como al provocar la lluvia. Su desenfoque y su agotamiento espiritual, lo hizo dudar de todo, y en su depresión, lo primero que hizo fue, dejar a su

criado procurando quedarse solo. Esto es ilógico, pero cuando estamos agotados espiritualmente, lo primero que procuramos hacer es quedarnos solos, cuando en realidad deberíamos buscar a una persona de fe que nos ayude.

Elías se dirigió al desierto, y ahí el Señor le habló a través de un ángel y trató de fortalecerlo dándole de comer. El Señor sabe cuándo estamos en el desierto y sabe que nuestra propia voz, en esos momentos puede ser muy incrédula y quitarnos la esperanza, y que incluso la voz del enemigo, puede intentar darnos el golpe final. Por eso, necesitamos la voz del Señor, porque Él, siempre nos dará luz para seguir hacia el camino correcto.

Dios se mostró ante Elías a través de asombrosas manifestaciones de poder y de juicio, tales como el viento, el fuego y los terremotos. Pero al final, le habló desde la quietud y la dulce voz del silencio. Esto parece extraño, pero no lo es, los silencios de Dios, son agudas voces que pueden atravesar nuestro corazón. Puedo dar fe de esas voces, porque en más de una ocasión han quebrantado mi alma, y han expuesto lo peor de mí y lo mejor de Él.

Dios suple nuestras necesidades físicas, nos anima a examinar nuestros propios pensamientos y comportamientos, nos instruye en cómo actuar, y nos asegura que no estamos solos. Lo hace en el secreto de nuestra soledad, pero si nuestro corazón está dispuesto a escuchar Su voz, Él nos hablará dándonos aliento, victoria y recompensa.

***“Dios, Dios mío eres tú;
De madrugada te buscaré;
Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela,
En tierra seca y árida donde no hay aguas,
Para ver tu poder y tu gloria,
Así como te he mirado en el santuario.
Porque mejor es tu misericordia que la vida;
Mis labios te alabarán...”***
Salmo 63:1 al 3

Otro ejemplo que deseo mencionar, es el de David y cito este Salmo, porque lo escribió estando en el desierto, por eso dice que su alma tenía sed y que se encontraba en tierras secas y áridas.

Esto ocurrió después de que su hijo Absalón se sublevara contra su reino. David no quiso pelear contra su hijo y se encaminó al desierto. Por supuesto que lo hizo golpeado por las circunstancias. David había peleado mil batallas y había enfrentado duras situaciones en su vida personal, pero nada tan difícil como el levantamiento en armas de su propio hijo Absalón, que atacó su casa y su gobierno.

No deseo entrar en los detalles del ataque de Absalón, solo deseo que imaginemos los momentos que vivió David, al tener que huir de su propio hijo, dejando su casa, su corona, sus concubinas, su consejero, el arca del pacto, y todo

lo que tenía. Las Escrituras describen ese cuadro de profundo dolor: ***“David subió la cuesta de los Olivos; y la subió llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos. También todo el pueblo que tenía consigo cubrió cada uno su cabeza, e iban llorando mientras subían...”*** (2 Samuel 15:30).

Con esa carga y con todo el dolor, David se encontró en el desierto y fue ahí, en las tierras áridas que Dios le habló. Y no fue porque le haya dicho ciertas palabras alentadoras, sino porque es claro a través del Salmo que escribió David, que el Señor, en pleno desierto, estaba trabajando en su corazón.

***“Porque has sido mi socorro,
Y así en la sombra de tus alas me regocijaré.
Está mi alma apegada a ti;
Tu diestra me ha sostenido.
Pero los que para destrucción buscaron mi alma
Caerán en los sitios bajos de la tierra.
Los destruirán a filo de espada;
Serán porción de los chacales.
Pero el rey se alegrará en Dios...”***
Salmo 63:7 al 10

Las palabras del rey no fueron el resultado de su dolor y su desesperanza, fueron las voces de la fe, que gritaron desde su corazón, recordando cada una de las circunstancias y batallas que había vencido con el poder de Dios. Son esas

voces habladas al secreto del corazón, que despiertan los recuerdos de todo lo vivido, para comprender que habrá una gran victoria en todo lo por venir.

El desierto es el lugar secreto del alma y es el eco resonante de las voces de Dios. Y digo “voces”, porque Dios nos habla de mil maneras diferentes. Es por eso que suele llevarnos al desierto, como llevó a muchos, para escuchar a Juan el Bautista, que fue la voz que clamó en el desierto (**Juan 1:23**), quién anunció la llegada del Cordero salvador.

Muchos relatos bíblicos nos impulsan a la comprensión del desierto. Esas historias no están ahí para que simplemente contemplemos lo pasado, sino para que aprendamos que hoy, tal vez no seamos conducidos a territorios desérticos de manera literal, pero no hay dudas que, en más de una ocasión, nos encontraremos en los desiertos del alma.

Sin embargo, el Señor también nos asegura a través de los escritos del profeta Isaías, que aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad, y que los lugares secos se convertirán en estanques, y los sequedales en manaderos de aguas (**Isaías 35:6 y 7**).

No debemos olvidar que los desiertos, también tienen otras voces, como las nuestras o las del enemigo. Solo debemos disponer nuestro corazón y procurar las de Dios. Debemos estar atentos, más allá de todo dolor, y siempre

dispuestos, porque es el mismo Señor, el que procurará hablarnos.

Tampoco debemos perder de vista, que será Él mismo Señor, quién permitirá algunos desiertos en nuestras vidas, o incluso será Él mismo, quién nos introduzca voluntariamente en los desérticos ámbitos del dolor, pero siempre será para hablarnos y revelarnos Sus secretos a voces.

***“Pero he aquí que yo la atraeré y la llevaré al desierto,
y hablaré a su corazón.”***

Oseas 2:14



Capítulo tres

Las voces de La Justicia

“Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque Jehová era movido a misericordia por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían. Mas acontecía que al morir el juez, ellos volvían atrás, y se corrompían más que sus padres, siguiendo a dioses ajenos para servirles, e inclinándose delante de ellos; y no se apartaban de sus obras, ni de su obstinado camino”

Jueces 2:18 y19

El Libro de Jueces es una trágica narración de cómo el Señor fue subestimado por Sus hijos año tras año, siglo tras siglo. Jueces es un triste contraste con el libro de Josué, que

narra las bendiciones que Dios otorgó a los israelitas por su obediencia a Dios al conquistar la tierra.

En el libro de los Jueces, vemos que los hijos de Israel fueron desobedientes e idólatras, lo que los condujo a muchas derrotas y pesares. Sin embargo, Dios nunca dejó de abrir Sus brazos en amor a Su pueblo, cada vez que se arrepentían de sus malvados caminos e invocaban Su nombre (**Jueces 2:18**).

A través de diferentes jueces, Dios honró Su promesa a Abraham de proteger y bendecir a sus descendientes (**Génesis 12:2 y 3**). Después de la muerte de Josué y sus contemporáneos, los israelitas se volvieron una y otra vez a los falsos dioses, en esos casos, Dios permitía que los israelitas sufrieran las consecuencias de esa maldad y era entonces cuando el pueblo de Israel, imploraba a Dios para que los librara de la aflicción.

En esos casos, Dios les levantaba un juez, no solo para librarlos de la opresión de los enemigos, sino también para guiarlos hacia una vida recta. Lamentablemente, ellos vez tras vez, le daban la espalda a Dios y se volvían a sus vidas de maldad. Sin embargo, guardando Su parte del pacto con Abraham, Dios salvó a Su pueblo a lo largo de un período de casi quinientos años. Durante esos años, hubo muchos secretos que se contaron a voces.

Si no logramos pasar por la Cruz las enseñanzas del libro de los jueces, solo será para nosotros como una simple

recopilación de historias. Sin embargo, deseo exponer sus enseñanzas, porque el libro de los jueces, nos enseña que todo pecado produce consecuencias y que, aunque haya acciones que parezcan personales u ocultas, Serán expuestas a la luz por obra soberana, para que las voces de la confesión puedan ser oídas en el tribunal de justicia divina.

Si observamos cómo funcionan las cortes, o los tribunales de justicia, veremos que son órganos públicos cuya finalidad principal es ejercer la jurisdicción, es decir, resolver litigios con eficacia de cosa juzgada. Durante la historia de las civilizaciones, vemos diferentes sistemas de justicia, pero todos, sin excepción operan procurando resolver situaciones en favor de lo correcto.

Sin entrar en detalles debo decir, que según las naciones o determinados territorios, hay diferentes tipos de tribunales de justicia, como los unipersonales, los colegiados, los ordinarios, los especiales, o los arbitrarios, pero como en toda estructura o diseño humano, encontraremos infinidad de injusticias o fallos manchados por corrupción o de injusticia, pero en nuestro caso, nos enfocaremos en las cortes celestiales de justicia, en donde el Juez Soberano y Todopoderoso, ejerce su justicia de manera implacable.

En todo caso judicial, se presenta una causa, que luego debe ser resuelta por la corte o por los jueces, que al final de toda exposición, deben dar su veredicto públicamente. Lo que comienza con un pedido de justicia, termina produciendo

un resultado determinado y supuestamente justo. Reitero, la justicia humana puede fallar, pero la justicia divina es inflexible y verdadera.

Las cortes celestiales, funcionan con toda la perfección del Juez justo que la gestiona. Juez que jamás, y de ninguna manera, resolverá algo cometiendo algún error. ***“Y los cielos declaran su justicia, porque Dios mismo es el juez...”*** (Salmos 50:6), ***“Porque el Señor es nuestro juez, el Señor es nuestro legislador, el Señor es nuestro rey; Él nos salvará...”*** (Isaías 33:22).

La legalidad del Reino, es lo que produce grandes beneficios en el pueblo de Dios, pero por lógica, también produce perjuicios sobre aquellos que transgreden la voluntad del Señor. Esto lo vemos claramente en la historia de la nación de Israel, que nos ha dejado claros ejemplos que debemos tener muy en cuenta hoy en día.

Los pecados, no solo son hechos consumados, sino intenciones internas que Dios puede juzgar. En lo natural, podríamos decir que alguien comete un delito cuando hace algo malo, pero en el Reino, el pecado se produce cuando se desea lo malo. El pueblo de Israel vivió bajo los lineamientos de la Ley, que estaba basada en los hechos y no en el ser, pero nos sirve su ejemplo, porque al final, sea por obras o por esencia, el pecado es pecado ante la presencia del Juez.

Cuando alguien comete un delito, procura hacer lo en secreto, para no ser descubierto por la ley, pero si es acusado, es llevado a juicio, donde lo que fue secreto, sea expuesto de manera absoluta ante la presencia del juez. Al final, las voces de la confesión y las voces de la justicia, serán oídas públicamente.

Cuando alguien es detenido, se le dice que tiene derecho a guardar silencio, porque todo lo que diga, puede ser usado en su contra. En el Reino, ocurre lo contrario. Ante el pecado, tenemos derecho de confesar, porque si no lo hacemos, nuestro silencio puede ser usado en nuestra contra. No hay nada peor para un hijo de Dios, que callar un pecado ante el Juez que todo lo ve.

La confesión de la verdad, siempre produce justicia, mientras que el silencio y el ocultamiento de la verdad, siempre producirá dolorosas consecuencias. El libro de los jueces, nos muestra claramente esta reiterada situación en Israel y nos enseña cómo actuar para vivir bajo el amparo de la justicia divina.

Después de que el pueblo entrara en la tierra prometida a mano de Josué, comenzó su derrotero de desobediencias y pecados generados por las influencias de las naciones paganas. El Señor podría haberlos abandonado, pero nunca lo hizo. El Señor siempre estuvo para escucharlos y estuvo con los jueces que les levantó para llevarles justicia ante sus enemigos.

Esto no ocurría porque sufrían adversidades, como simples víctimas, sino porque clamaban a Dios confesando sus pecados y solo entonces recibían justicia. Por supuesto, ellos eran los únicos responsables de sus acciones, por tal motivo, Dios no escuchaba el reclamo por las aflicciones que vivían, sino que escuchaba el arrepentimiento genuino y veía si realmente cambiaban de actitud. Solo cuando había un sincero reconocimiento del pecado cometido, es que Dios los escuchaba y les llevaba justicia ante los enemigos.

Otoniel fue el primer juez que empezó a hacerse famoso ya en la época de Josué. Poco después de establecerse en Canaán, la pureza de Israel empezó a corromperse y a perturbar su paz. Pero la aflicción hizo que clamaran a Dios, incluso aquellos que escasamente respetaban Su Ley. Aun así, el Señor cada vez, se volvía a ellos para librarlos.

El Espíritu del Señor descendió sobre Otoniel. El Espíritu de sabiduría, de poder y de valor que lo capacitó para el servicio. Primero juzgó a Israel, lo reprendió y lo reformó, y luego fue a la guerra contra sus enemigos. Nosotros debemos aprender que las voces del arrepentimiento deben ser acompañadas por verdaderos frutos (**Mateo 3:8**).

Aquí tenemos un principio del Reino que considero fundamental: “Primero hay que derrotar el pecado en casa, que es el peor de los enemigos, entonces los enemigos de fuera serán más fácilmente vencidos”. El hecho de que Cristo

sea nuestro Juez y Legislador, nos garantiza que ante un arrepentimiento genuino, la bendición a su tiempo nos alcanzará.

Cuando Israel volvía a pecar, Dios permitía la intervención de un nuevo opresor. Por ejemplo, los israelitas practicaban el mal, y los moabitas los oprimían, en tal caso Israel se debilitaba, y Moab se fortalecía contra ellos. Si las tribulaciones menores no hacían arrepentir al pueblo, Dios permitía aflicciones mayores. Nosotros debemos aprender que si no hay pecado, no hay tinieblas y si no hay tinieblas, no hay ámbitos de operación para el enemigo.

Las voces de la justicia, son las voces de la confesión, cuando confesamos hacemos que la luz aumente en nuestra vida. El diablo es príncipe de las tinieblas, y si no hay tinieblas, no hay autoridad para su accionar en nuestras vidas. Jesús dijo: *“El diablo no tiene nada en mí...”* (**Juan 14:30**), es decir, no era que el diablo no deseaba atacarlo, sino que no tenía modo de hacerlo, porque no había tinieblas en Jesús.

Las voces de la confesión ante el Juez justo, produce Luz y cuando hay luz, las tinieblas simplemente no pueden prevalecer (**Juan 1:5**). Israel pecaba y el enemigo atacaba. Ellos pedían ayuda y nada ocurría. Sin embargo, cuando comprendían sus pecados y se arrepentían confesando ante el Juez, hallaban perdón y liberación, a través de hombres que representaba en la tierra, al Juez soberano y verdadero.

Por ejemplo, ante el ataque de los Moabitas, Israel se volvió a Dios en arrepentimiento, el Señor les levantó a Aod. Como juez o ministro de la justicia divina, Aod mató a Eglón, rey de Moab, y, de ese modo, ejecutó los juicios de Dios contra el opresor. La consecuencia de esta victoria fue que la tierra tuvo descanso por ochenta años.

Hoy en día, hay muchos cristianos que viven sitiados por diferentes adversidades y no comprenden que algunos hechos o incluso algunos secretos del corazón, pueden ser los causantes de dichas adversidades. Incluso es muy probable que pidan con fe que Dios los ayude a salir de la aflicción y no se explican la falta de resultados. En realidad, el silencio del Juez puede ser una clara demanda de confesión.

Por ejemplo, según el libro de los jueces, el lado del país que yacía al suroeste estaba infestado de filisteos, por tal motivo el pueblo confesó su pecado y Dios levantó a Samgar para liberarlos. Quién no teniendo espada ni lanza, tomó una aguijada de bueyes, el instrumento que tenía más a mano y les dio una gran victoria. En otras palabras, no importa las armas que consideremos tener, si Dios dirige y fortalece el brazo de la justicia, todo se puede revertir fácilmente.

Cuando la tierra entraba en periodos de paz, se esperaba que el pueblo expresara gratitud ajustando sus vidas a la Ley de Dios, sin embargo no siempre era así. La prosperidad los hacía sentir seguros y le daban paso al pecado

nuevamente. Así, como dice la Palabra: *“La prosperidad de los necios los echará a perder...”* (Proverbios 1:32).

Pasado el tiempo Jabín y su general Sísara, también oprimieron fuertemente a Israel. Este enemigo estaba más cercano que los anteriores. Nuevamente Israel clamó al Señor cuando la aflicción los llevó a Él, y no veían otra forma de alivio. Es entonces que entró en escena Débora, que era una profetisa instruida en el conocimiento divino por la inspiración del Espíritu de Dios. Ella Juzgaba a Israel como boca de Dios para ellos, los corregía ante sus abusos y les resolvía las quejas, pero siempre demandando honestidad.

Por orden de Dios, ella mandó a Barac que organizara un ejército y atacara las fuerzas de Jabín. Entonces Barac descendió aunque sobre el llano, los carros de hierro tendrían ventaja sobre él. Aun así, dejó la montaña dependiendo del poder divino y como era de esperar, el Señor se glorificó en esa batalla. Siempre que una causa, comience en el secreto de Su presencia, terminará públicamente con las voces de una contundente victoria.

El que había pensado destruir a Israel con sus muchos carros de hierro en los cuales depositaba su confianza, fue destruido con un simple clavo de hierro. De esa manera, lo que parece débil ante el mundo, se hace fuerte con el poder de Dios. Los israelitas hubieran evitado mucha maldad si hubieran destruido más pronto a los cananeos, como Dios les

mandó, pero al menos reaccionaron y la experiencia les dejó una gran lección.

Débora describió el estado afligido de Israel bajo la tiranía de Jabín, para destacar que su salvación fue pura y exclusiva gracia del Señor. Débora fue considerada como una madre para Israel y fue ella quien llamó a los que compartieron las ventajas de esta gran victoria para que ofrecieran su gratitud a Dios.

Débora concluyó su actuación con una oración a Dios por la destrucción de todos sus enemigos y por el consuelo de todos sus amigos. El dolor secreto expresados con verdad ante la corte celestial de justicia, siempre provocará un fallo favorable, porque Dios es un Juez justo y esa justicia que desata voces de gratitud, son un llamado a un mundo, tan lleno de injusticia, para que se vuelvan a Dios, para que se arrepientan con verdad ante el Señor y el los saque del dolor como Juez justo y Rey poderoso que es.

El pecado de Israel se renovaba cada año y como siempre se repetían las aflicciones en toda la nación, tal como si no aprendieran la lección de los errores cometidos. Ellos clamaban a Dios por un libertador, pero Dios les enviaba profetas para confrontarlos y enseñarles que el gran problema que padecían no eran los salvajes vecinos, sino los pecados que ellos mismos cometían.

Cuando Dios da a su pueblo profetas o ministros fieles, es señal de que les tiene reservada misericordia. Muchas veces yo les he dicho a la iglesia de hoy, que sí el Señor nos está dando algunos mensajes verdaderamente esperanzadores o cargados de revelación, es porque hay un poder esperando para Su manifestación. Yo reconozco, como ministro de esta generación, que no estoy conforme con el estado actual de la Iglesia, pero mientras reciba palabra para ella, puedo conservar intacta mi esperanza. Dios no hablaría ciertas cosas, si no estuviera dispuesto a actuar.

Los profetas procuraban llevar al pueblo al arrepentimiento, confrontándolos con sus malas actuaciones, y cuando se arrepentían de corazón, el Señor les levantaba un juez como Gedeón, que entró en escena después de que un ángel enviado lo comisionó para liberar a su pueblo de la opresión de los madianitas. Este popular juez de la nación, fue un hombre de espíritu valiente y esforzado, pero en realidad, ni el mismo creía en su potencial. De hecho, cuando el ángel se le apareció, él estaba escondiendo el trigo en un lagar, temeroso del posible ataque de los madianitas.

Más allá de las señales pedidas por Gedeón, fue necesario para él, que hiciera la paz con Dios antes de ir a la guerra contra Madián, es por eso que tuvo que derribar los altares idolátricos de la casa de su padre. Luego se juntaron a Gedeón, unos treinta y dos mil hombres, sin embargo, el Señor solo le deja unos trescientos hombres para la lucha.

Dios elige emplear a los que no solo están bien, sino a quienes están celosamente afectados por la causa. Es también, una clara manera de mostrar que las victorias, nunca se producen por el poder humano, sino por el poder del Reino de Dios en el corazón de los hombres.

De hecho, el método para derrotar a los madianitas puede tomarse como ejemplo de la destrucción del reino de las tinieblas por la predicación del evangelio verdadero. Ya que la trompeta representa las voces de la justicia, tal como ocurrirá en la venida del Señor. Y la luz, que salía de las vasijas de barro, representa las voces de los ministros del Nuevo Pacto. Podemos encontrar una figura como esa, pero no debemos olvidar de la autocrítica que tuvieron que hacer antes de recibir la estrategia para la victoria.

“Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros...”

2 Corintios 4:6 y 7

El evangelio es una espada, no en la mano, sino en la boca. Dar voces a los misterios del Reino, siempre manifestará el glorioso poder del Reino. Gedeón surgió en su época, como gran ejemplo de entrega absoluta y las grandes cosas que puede hacer nuestro Señor, si nos disponemos en

Sus manos, pero no podemos ser las voces de la liberación si primero no somos expuestos ante Dios a corazón abierto.

El evangelio es una impartición de vida, no un mensaje que se dice. Por el contrario, es un mensaje que se vive y si es necesario también se dice. Las naciones no recibirán justicia de una Iglesia que habla mucho. Las voces de la justicia están fundamentadas en la gracia recibida y no en algunas obligaciones adquiridas.

Cuanto murió Gedeón, quién había mantenido al pueblo adorando a Dios, estos se vieron sin restricciones y entonces, se volvieron nuevamente tras los baales. Incluso no se mostraron bondadosos con la familia de Gedeón, pero no asombra que los que se olvidan de Dios, se olviden también de quienes les tendieron la mano en los momentos de necesidad.

Los hombres de Siquem escogieron como rey al hijo de Gedeón llamado Abimelec. No consultaron a Dios si ellos debían tener rey o no, y mucho menos quién debería ser. Abimelec se sentó en el trono que su padre había rechazado y al final, terminó diezmando a los hombres de Siquem. Los que lo elevaron injustamente al trono, fueron los primeros en sentir el peso de su maldad.

Abimelec pretendió castigar a los hombres de Siquem por faltarle el respeto, pero en realidad Dios mismo permitió esa opresión por causa de que esa misma gente había servido

anteriormente al tirano Abimelec, cuando asesinó a sus hermanos, los demás hijos de Gedeón. De modo que lo que esperaban los hombres de Siquem, que hubiera sido para bien de ellos al elegirlo como rey, resultó ser una trampa y un lazo del enemigo.

Es increíble ver en la Biblia cuan claro es, que los resultados en la vida de Israel, siempre son a consecuencia de sus decisiones. Es cierto que la Ley de Dios, es complicada para seres de naturaleza pecaminosa, pero si las observamos desde una perspectiva correcta, veremos que la Ley, tenía todo lo que Israel necesitaba para ser una gloriosa nación.

Más allá de los mandamientos morales, la Ley contenía regulaciones para la salud, para la alimentación, para la higiene, para la convivencia, para las finanzas, para la justicia, para la guerra, y para todo lo que impulse los intereses de una nación próspera y bendecida. Sin embargo, la desobediencia y el pecado de los ciudadanos, siempre terminó produciendo derrotas, sufrimientos, escasez, cautiverios, plagas y todo tipo de aflicciones que no debieron ser parte de la realidad del pueblo de Dios.

Esto nos debe dejar claras enseñanzas para la Iglesia de hoy, porque somos el pueblo de Dios y tenemos todo lo necesario para manifestarnos como una nación santa y poderosa como lo que somos. Sin embargo, debemos tomar ejemplo de los errores de Israel, y cuidar mucho nuestro proceder. Lamentablemente en la Iglesia se mide lo bueno y

lo malo desde la moralidad, pero en realidad, deberíamos medir los resultados de toda gestión, conforme a la dirección y obediencia que tengamos respecto de la perfecta voluntad del Rey. En esta época de los reyes, hubo un claro problema que se replicó durante varios años.

“En aquellos días no había rey en Israel, y cada uno hacía lo que le parecía recto ante sus propios ojos...”

Jueces 17:6 / Jueces 21:24

Con el tiempo, una vez más, el pueblo de Israel, volvió su corazón a los falsos dioses y casi como una historia de repetido fracaso, tuvieron que clamar a Dios ante las aflicciones sufridas. El Señor volvió a perdonarlos y les levantó como juez a Jefté, quien recordó a todos los hombres que debían mirar a Dios, como el único dador de la victoria.

Jefté enseñó al pueblo hablando del honor y el respeto que le debían a Dios, enseñó de la importancia de administrar correctamente las posesiones, reconociendo a Dios como el dueño de todo y la obediencia a las indicaciones de la Ley. Todo indica que Jefté conocía bien los libros de Moisés. Su argumento fue claro y sus demandas eran razonables, porque estaba buscando que a la nación le vaya bien.

Quienes poseen la fe más valerosa son los más dispuestos a la paz, y los más prontos para realizar progresos hacia su obtención. La rapacidad y la ambición a menudo esconden sus propósitos debajo de un alegato de equidad,

porque Jefté, cometió el error de ofrecer a Dios el sacrificio de quién primero saliera a recibirle y fue nada menos que su hija quién lo hizo.

Hay varias lecciones importantes que aprender del voto de Jefté. Debemos tener mucho cuidado con nuestras palabras ante Dios, nuestras promesas, no deben ser innecesarias, y mucho menos debe ser para comprar algún favor que deseamos. Aun así, si algo dijimos, debemos cumplir con nuestro compromiso (**Eclesiastés 5:4**).

Seguramente fue muy duro para Jefté cumplir con su voto, pero se piensa que no ofrendó a su hija en holocausto, tal como algunos enseñan, porque ese sacrificio hubiera sido una abominación para el Señor. Se supone que la obligó a permanecer soltera y apartada de su familia el resto de su vida, lo cual tampoco puede ser considerado como poca cosa.

“Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová; y Jehová los entregó en mano de los filisteos por cuarenta años.”

Jueces 1:13

Con el tiempo y aunque me pese ser reiterativo, Israel nuevamente hizo lo malo ante los ojos del Señor. Y una vez más, luego del arrepentimiento, el Señor programó el nacimiento de Sansón, quién nació bajo la promesa de justicia para la nación, aun cuando se hallaban en aflicción.

El Espíritu del Señor empezó a mover a Sansón cuando aún era muy joven. Esto era prueba de que el Señor haría grandes proezas con él. Donde Dios da Su bendición, da Su Espíritu para capacitación. Sansón se destacó en fuerza y valor, pues tenía el Espíritu de Dios que lo movía conforme a Su propósito.

Bueno, en realidad todos conocemos las debilidades de Sansón por las mujeres, pero considerando que Dios siempre tiene todo bajo control, lo dejó que siguiera sus propias inclinaciones, con la intención de sacar algo bueno de su conducta. Sin embargo, es claro que su ejemplo no quedó registrado para que tratemos de imitarlo, sino para prevenirnos de lo que no debemos hacer.

Sansón se enamoró de una mujer filisteas y aunque sus padres procuraron impedir esa unión, se salió con la suya y se terminó casando con ella. Con el tiempo los filisteos, por medio de amenazas, obligaron a Dalila, la esposa de Sansón, a conseguir una explicación respecto del poder que operaba en su esposo. Sus compatriotas la amenazaron diciéndole que la quemarían a ella y a la casa de su padre. Para salvarse y hacerles un servicio, ella traicionó a su marido, y lo mismo que temía, y que procuró evitar pecando, le sobrevino.

Cuando el Espíritu del Señor descendió sobre Sansón, se soltaron sus cuerdas con las que habían procurado atarlo y con poder ocasionó mucha destrucción entre los filisteos, matando a más de mil hombres con una simple quijada de

asno. Esa victoria, al igual que todas las demás, no fue a causa de un arma poderosa, ni por fuerza de hombre, sino por el Espíritu de Dios que se movió sobre el brazo de Sansón.

El tiempo específico en que vivió Sansón, puede dar razón de muchas cosas que, si se hicieran en nuestra época, y sin el designio especial del Cielo, serían altamente criminales. Sansón fue llevado al error más de una vez, pero no aprendió de tales advertencias, y terminó cayendo en la trampa. Sansón nunca tendría que haber dar voz al secreto de la unción que portaba. Muchas veces Satanás destruye a los hombres halagándolos para que adquieran una buena opinión de su propia firmeza, y así, los lleva a que hablen más de la cuenta respecto de sí mismos, y es entonces cuando les roba la fuerza y el honor, llevándolos cautivos a su voluntad.

Los ojos de Sansón fueron la entrada de su pecado y su castigo comenzó por sus ojos. Los filisteos lo dejaron ciego y tuvo tiempo para recordar que su propio ego lo había cegado en más de una ocasión. Las aflicciones de Sansón fueron el medio de llevarlo al arrepentimiento profundo, al igual que el pueblo hizo cada vez que se encontró en la aflicción.

Al perder su vista física, se abrieron los ojos de su entendimiento, y al verse privado de su fuerza corporal, Sansón clamó al Señor para que sean renovadas sus fuerzas. El Señor no respondió rápidamente, sino que hubo un tiempo

necesario para que su cabello, portador de la unión, volviera a crecer naturalmente.

La unción recuperada por Sansón, no fue para la venganza personal, sino por un verdadero celo, respecto de la gloria de Dios y de Israel, lo que es evidente por el hecho de que Dios aceptó y respondió a su oración. Sansón apoyó sus manos sobre las columnas centrales que sostenían el templo donde estaba, y gritó: ¡Que mueran conmigo los filisteos! Luego empujó las columnas con todas sus fuerzas, y el templo se vino abajo sobre los jefes filisteos y sobre todos los que allí estaban. Sansón mató a más personas al morir, que las que había matado en toda su vida (**Jueces 16:29 y 30**). Sansón murió encadenado y entre los filisteos, pero murió arrepentido y el Señor permitió que su nombre fuera recordado en la famosa lista de los héroes de la fe, dada en el libro de hebreos capítulo once.

Esta época de Israel y sus jueces, los más renombrados, nos alcanzan con sus historias para aprender que el pecado puede ser personal, pero nunca será privado. Podemos pretender que permanezca como un secreto, pero al final, las consecuencias que producen, son públicas y notorias.

Las injusticias del pecado siempre producirá resultados visibles y negativos, pero la justicia del Reino, siempre dará sus voces de victoria y restauración para los humildes que no evitan corregir sus vidas en arrepentimiento.

“Si mi pueblo se humilla, y ora y me busca, y si al mismo tiempo abandona su mala conducta, yo escucharé en el cielo su oración, perdonaré sus pecados y los haré prosperar de nuevo...”

2 Crónicas 7:14 VLS



Capítulo cuatro

Las voces de la Gracia

“¿Quién sabe si no has llegado al trono precisamente para un momento como éste!”

Ester 4:14 NVI

Ester era la doncella judía que se convirtió en reina de Persia y rescató a su pueblo de un plan cruel para aniquilarlos. Su historia se registra en el libro del antiguo testamento que lleva su nombre, y yo quisiera utilizarlo para analizar el secreto que portaba Ester y que se dio a conocer a voces, para liberación de su pueblo y para que todos nosotros aprendamos, la importancia de comprender la gracia que nos posiciona en Cristo.

La historia comienza con un banquete del rey Asuero, quién era hijo del famoso rey persa Darío I, quien también es mencionado en **Esdras 4:24**, en **Daniel 6:1**, o en **Hageo 1:15**. El imperio del rey Asuero fue enorme, de hecho, fue el más grande que el mundo haya visto. Persia cubrió el área ahora conocida como Turquía, así como Iraq, Irán, Pakistán, Jordania, el Líbano, e Israel; también incluyó las secciones del Egipto, Sudán, Libia y Arabia Saudita actual. Las Escrituras dicen que gobernaba en aquella época, sobre ciento veintisiete provincias (**Ester 1:1**).

Tal como la mayoría de los reyes paganos de la época, el rey Asuero disfrutaba haciendo demostraciones públicas de su riqueza y de su poder. Demostraciones que incluían fiestas que a veces llegaban a durar hasta ciento ochenta días, es decir, medio año de fiesta (**Ester 1:4**).

Al séptimo día de esa fiesta, el rey estaba muy alegre, pues había bebido vino. Entonces llamó a siete hombres de su confianza que eran eunucos, llamados: Mehumán, Bizta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas, a quienes les ordenó que fueran a buscar a la reina Vasti. El rey les dijo que la reina debía venir luciendo su corona real, para que la gente y los príncipes pudieran ver su belleza, pues era muy hermosa. Algunos intérpretes e historiadores judíos, consideran que la intención del rey, era que Vasti se presentara con la corona, pero sin ropa alguna y que por tal motivo, la reina se negó a exponerse a semejante humillación.

Al saber de su negativa, el rey Asuero se puso muy furioso, sobre todo, porque la negativa de la reina fue pública y él quedó desautorizado delante de todos. En su enojo, el rey consultó a sus asesores en busca de consejo y ellos consideraron que Vasti, no solo lo había desautorizado y avergonzado a él, sino que de una u otra forma, había ofendido a todo el pueblo.

Ellos argumentaron su temor, respecto de que las mujeres de Persia, al escuchar sobre la negativa y la actitud de Vasti de desobedecer a su esposo, todas comenzarían a despreciar a sus propios maridos. Entonces, sugirieron que el rey emitiera un decreto en toda la tierra para que Vasti nunca más pudiera entrar en su presencia. Agradó este consejo al rey, e hizo conforme al dicho de sus consejeros.

Con Vasti despojada de su trono, el rey se quedó sin reina. Los cortesanos le sugirieron que realizara una búsqueda de hermosas vírgenes en toda la tierra para encontrar una nueva reina. La Biblia no precisa el número exacto de las doncellas encontradas, pero el historiador judío Flavio Josefo, registró en sus investigaciones, que el rey Asuero eligió al menos, un total de cuatrocientas mujeres para formar un harem de candidatas, de las cuales el rey elegiría a quién sería coronada oficialmente como la nueva reina de la nación (**Ester 2:1 al 4**).

Ester, era una doncella judía cuyo hermoso nombre hebreo era Hadassah. Ella fue elegida como una de las

vírgenes que debían ser preparadas para presentarse ante el rey (**Ester 2:8**). Aunque parezca increíble, las mujeres debían someterse a un año de tratamientos de belleza antes de su encuentro con el rey (**Ester 2:12**).

Hasta el momento en que las vírgenes debían ser presentadas ante el rey, se las mantuvo en el harem bajo el cuidado de un eunuco llamado Hegai (**Ester 2:8**), pero después del encuentro que cada una tenía con el rey, eran llevadas a la zona reservada para albergar a las concubinas o las amantes del rey, donde eran puestas bajo la mirada vigilante de otro eunuco, llamado Saasgaz (**Ester 2:14**).

Ester había estado viviendo en la ciudadela de Susa, donde también vivía el rey. Ella era prima de un varón del linaje de Benjamín llamado Mardoqueo, quien también fue su guardián, habiéndola adoptado como su propia hija, ya que los padres de Ester habían muerto.

Mardoqueo tenía una clase de posición oficial dentro del gobierno persa (**Ester 2:19**). Cuando Ester fue elegida como una de las candidatas al trono, Mardoqueo le dio instrucciones precisas de no revelar su origen judío (**Ester 2:10**). Mardoqueo, también visitaba frecuentemente el harem del rey para ver cómo le estaba yendo a Ester en su posible elección.

Cuando llegó el turno de Ester para estar con el rey, *“ninguna cosa procuró sino lo que dijo Hegai eunuco del*

rey, guarda de las mujeres; y ganaba Ester el favor de todos los que la veían” (Ester 2:15). Y como era de esperar y ante su sumisa actitud, Ester también ganó el favor del rey.

“Y el rey amó a Ester más que a todas las otras mujeres, y halló ella gracia y benevolencia delante de él más que todas las demás vírgenes; y puso la corona real en su cabeza, y la hizo reina en lugar de Vasti...”

Ester 2:17

Parece que Ester, además de ser una mujer de hermosa figura y de buen parecer, fue sumisa al seguir el consejo de los eunucos y consejeros, actuando con sabias actitudes ante su majestad el rey. Por supuesto que, a medida que la historia de Ester es relatada, resulta evidente que Dios estuvo obrando durante todo el proceso de su elección y su reinado.

Algún tiempo después, cuando Mardoqueo estaba sentado a la puerta del rey, escuchó un complot de unos hombres que pretendían matar al rey Asuero. Cuando Mardoqueo presenció esto, lo denunció a la reina Ester, y Ester lo dijo al rey en nombre de Mardoqueo. El plan fue frustrado por la guardia del rey, pero la situación, que podría haber terminado en una calamidad, fue extrañamente olvidada por el rey (**Ester 2:21 al 23**).

Pero esta situación dejó a las claras, la ininterrumpida conexión que había entre Ester y Mardoqueo, así como la integridad que ambos tenían ante el Dios verdadero. Tanto

Mardoqueo como Ester honraron al rey y desearon con honestidad protegerlo de sus enemigos.

Después de esto, el rey nombró a un hombre perverso sobre sus asuntos. Su nombre era Amán, quién despreciaba grandemente al pueblo judío. Amán fue un descendiente de Agag, rey de Amalec, un pueblo que por generaciones fue un enemigo declarado de Israel (**Éxodo 17:14 al 16**), y la discriminación y el prejuicio en contra de Israel estaban profundamente arraigados en el corazón entenebrecido de Amán.

En su arrogancia, Amán ordenó que todos los siervos del rey que estaban a la puerta del palacio se arrodillaran y se inclinaran ante él, pero Mardoqueo que siempre permanecía a las puertas, se negó a reverenciar su orgullo. Los siervos del rey denunciaron a Mardoqueo con Amán y se aseguraron de informarle que Mardoqueo era un hombre judío.

Por tal motivo, Amán no sólo quiso castigar a Mardoqueo, sino que procuró destruir a todos los judíos que habitaban en territorios gobernados por Asuero (**Ester 3:6**). El rey, totalmente desinteresado de tal asunto, y casi sin pensarlo, le permitió a Amán hacer lo que quisiera respecto del pueblo judío. Este emitió un decreto a todas las provincias que, un día determinado del año, se procediera libremente a destruir a todos los judíos, jóvenes, ancianos, niños y mujeres, que habitaran aquellas tierras (**Ester 3:13**).

El pueblo estaba conmovido por semejante decreto, y hubo gran luto entre los judíos (**Ester 3:15**). La reina Ester no sabía del complot contra los judíos, aunque ella lo descubrió cuando sus doncellas y los eunucos le dijeron que Mardoqueo estaba en apuros. Ester envió un mensajero para averiguar lo que le estaba pasando. Mardoqueo le envió una copia del edicto y le pidió ***“que fuese ante el rey a suplicarle y a interceder delante de él por su pueblo”*** (**Ester 4:8**).

El problema, es que en esa época, había una ley que no permitía entrar en la presencia del rey a nadie sin haber sido convocado previamente, incluyendo a la misma reina. Ester no había sido invitada por el rey durante los últimos treinta días. A través de su intermediario, Ester le informó a Mardoqueo su incómoda y aparente incapacidad para ayudar a los judíos, pero Mardoqueo le respondió:

“No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. ¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?”

Ester 4:13 y 14

En una gran muestra de fe, Ester estuvo de acuerdo. Les pidió a los judíos que ayunaran por ella durante tres días mientras ella y sus damas también ayunaban, ***“entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley...”*** y

luego dijo con firmeza y determinación: “*y si perezco, que perezca*” (**Ester 4:16**).

Cuando Ester se acercó al rey, ella estaba literalmente arriesgando su vida. Sin embargo, Ester obtuvo gracia ante los ojos del rey, quién le extendió su cetro de oro, en señal de aceptación (**Ester 5:2**). Ester, con mucha gratitud y prudencia, invitó al rey Asuero y a su servidor Amán, a un banquete que ella organizaría exclusivamente para ellos.

El rey llamó a Amán, quién se sintió extremadamente honrado y ambos participaron del banquete. En esos momentos, él rey le preguntó a Ester qué le gustaría recibir. Incluso le ofreció la mitad de su extenso reino (**Ester 5:6**), pero Ester, con gran sabiduría, solo le pidió que ambos asistieran a otro banquete al día siguiente, diciéndole que recién ahí, presentaría su petición (**Ester 5:8**).

El rey Asuero, aquella noche tuvo dificultad para conciliar su sueño y ordenó que le trajesen el libro de las memorias y que se las leyeran en su presencia. Hoy cualquiera encendería un rato la televisión o se entretendría con su móvil, sin embargo, en esa época, solo apelaban a la aburrida lectura de los hechos acontecidos en el reino.

La Biblia no lo menciona, pero evidentemente el Señor permitió todo eso, para que el rey Asuero escuchara y recordara el relato de cuando Mardoqueo descubrió el plan para matarlo y que gracias a esa intervención le habían

salvado la vida. Esto produjo una lógica gratitud en el rey y preguntó si se había recompensado de manera especial a Mardoqueo, y ante la negativa, se propuso honrarlo de alguna manera especial.

Por su parte, el malvado Amán, que se creía estar en su mejor momento, regresó a su casa, reunió a sus amigos y su esposa, y les contó cómo había sido honrado por la reina con un glorioso banquete. Pero también les contó, que toda su alegría, había sido empañada por un hombre despreciable llamado Mardoqueo, que era judío y que se negaba a reverenciarlo, como lo hacían todos los demás.

La esposa de Amán y todos sus amigos, considerando el prestigio y la autoridad que había alcanzado, le sugirieron que construyera una horca para colgar a Mardoqueo por causa de sus reiteradas faltas de respeto (**Ester 5:9 al 14**). Amán siguió ese perverso consejo y mandó a construir una horca para matar a Mardoqueo.

Por la mañana, el rey Asuero seguía meditando sobre cómo habían salvado su vida y en el hecho de que aún no había honrado a Mardoqueo por el acto de haber informado sobre el perverso complot. En ese momento, Amán entró a la presencia del rey y este le preguntó sobre cómo se debía honrar a un hombre *“cuya honra desea el rey”* (**Ester 6:6**).

Amán, pensando que Asuero se estaba refiriendo a él, sugirió que lo llevaran por la plaza de la ciudad, llevando

puesto el vestido real de que el rey se viste, y el caballo en que el rey cabalga, pregonando: ***“Así se hará al varón cuya honra desea el rey”*** (Ester 6:9). Asuero le ordenó Amán que inmediatamente hiciera esto nada menos que con Mardoqueo.

Seguramente Amán, se sintió profundamente sorprendido y apesadumbrado, sin embargo determinó obedecer al rey y sin remedio, tuvo que honrar al hombre que más odiaba sobre la tierra y para quién estaba construyendo una horca. Luego, volvió rápidamente a su casa y le contó a su mujer y a sus amigos, todo lo que le había acontecido. Fue entonces que, cambiando la actitud que habían tenido y entrando en temor le dijeron:

“Si de la descendencia de los judíos es ese Mardoqueo delante de quien has comenzado a caer, no lo vencerás, sino que caerás por cierto delante de él...”

Ester 6:13

En ese preciso instante, los eunucos del rey llegaron para llevar a Amán al banquete de Ester (Ester 6:14). Y fue nada menos que ahí, en ese pensado banquete, que Ester le dijo al rey que su pueblo había sido vendido para ser destruido. Mostrando gran respeto y humildad, Ester le dijo al sorprendido rey, que si solo hubieran sido vendidos como esclavos, ella se habría callado, pues consideraba que tal angustia no sería motivo suficiente para inquietar a su majestad (Ester 6:4), pero al haber un decreto de muerte,

todos padecerían el peor de los destinos y ante eso, ella se excusó de no poder callar.

El rey quedó horrorizado de que alguien se atreviera a hacer tal cosa al pueblo de su amada reina y le preguntó quién había osado tal cosa. Entonces Ester reveló al hombre detrás del perverso complot diciendo: **“fue este malvado Amán”** (Ester 7:6). Asuero salió del banquete enfurecido, mientras que Amán quedó detrás para suplicarle a Ester por su vida.

Cuando el rey entró de nuevo en la habitación y vio esto, pensó que Amán estaba molestando a Ester al tomarla de las piernas y le dijo: **¿Querrás también violar a la reina en mi propia casa?** Y luego ordenó que colgaran a Amán en la horca que él mismo había construido para Mardoqueo (Ester 7:9 y 10).

Después de que Amán fue colgado, Asuero le dio a Ester la casa de Amán y sus posesiones, a la vez que a Mardoqueo, le dio su anillo de sello, esencialmente, dándole la misma autoridad de gobierno que Amán había tenido sobre su reino. Sin embargo, el decreto que había salido de Amán era irrevocable y poco había por hacer.

Entonces Ester volvió a interceder ante el rey para que interviniera sobre este asunto. Entonces Asuero permitió a Mardoqueo que escribiera otro decreto para contrarrestar el primero. En este nuevo decreto les dio a los judíos el derecho

a defenderse contra cualquiera que los atacara, lo cual desató el gozo en todas las provincias en donde habitaban los judíos.

Los gentiles que odiaban a los judíos y que esperaban el gran día del decreto de Amán, para matarlos, se llenaron de temor. Incluso algunos enemigos trataron de atacar por sorpresa antes del día señalado, pero los judíos tuvieron la victoria sobre ellos (**Ester 8**). Sin dudas, la valentía y la fe de Mardoqueo y de la reina Ester, son un claro testimonio de la confianza en el Dios Soberano y Eterno.

Al tratar el tema de Ester en un capítulo como este, es imposible no parafrasear la historia del breve, pero contundente libro que lleva su nombre. Todos sus datos y detalles son jugosos y curiosamente no se menciona a Dios en ninguno de sus versículos, pero claramente Su gracia y Su soberanía son un secreto a voces.

El libro de Ester, lo dice todo sin decirlo y muestra a Dios sin mencionarlo en ningún momento. Esto es maravilloso y debemos aprenderlo para nuestra vida. El evangelio del Reino, no se expande repartiendo tratados explicativos de quién es Dios, o cuáles son sus planes. Las mentes entenebrecidas, no pueden comprenderlo. Sin embargo, el secreto que opera, detrás de nuestras circunstancias de vida, puede ser la voz, más contundente jamás pronunciada a todo nuestro entorno.

Con esto, no estoy diciendo que esté mal repartir un tratado, no quisiera polemizar sobre tal asunto, solo digo que debemos cambiar nuestros conceptos de vocear el evangelio. Las muchas palabras, nunca serán tan efectivas como las situaciones respaldadas por un Dios que sin ser señalado, puede verse obrando con toda claridad en nuestras vidas.

Si alguien leyera el libro de Ester, sin saber que es parte de la Biblia, podría atribuir los hechos a la casualidad, a la llamada suerte de la vida, o el simple destino de las personas. Sin embargo, ante el panorama de toda la historia, nadie podría negar la mano soberana de un Dios que obra poderosamente moviendo los hilos detrás de toda la historia.

Cuando caminamos en Cristo, pueden suceder muchas cosas en la vida, tal como a cualquier ciudadano normal, pero después de unos años, al observar el panorama de nuestras vidas, es indudable que se notará de manera contundente la mano de Dios digitándolo todo.

Su gracia parece un secreto que portamos día a día, sin embargo sus voces gritarán a diestra y siniestra, que somos el resultado de un Dios Soberano que nos eligió, para manifestar Su gracia a toda la humanidad.

Dios maniobra cada aspecto de nuestras vidas para posicionarnos y conducirnos a Su propósito. Lo hará con personas, gobiernos y situaciones que contribuyan a Sus planes. Puede que no sepamos lo que Dios está haciendo en

un momento determinado, pero vendrá un tiempo cuando nos daremos cuenta de por qué hemos pasado ciertas experiencias, conocido determinadas personas, vivido en ciertas áreas, comprado en determinados lugares o realizado determinados viajes.

Llegará el momento en que todo encajará. Miraremos hacia atrás y veremos que nosotros también estábamos en el lugar adecuado en el momento preciso, así como sucedió con Ester. Ella fue elegida para un momento como ese. Ella fue reina para un momento como ese. Ella fue fortalecida y estaba dispuesta a interceder por su pueblo para un momento como ese (**Ester 4:14**).

Ester confió en Dios y sirvió con humildad, sin importar lo que podría costarle su obediencia. Ester es para nosotros, un testimonio claro de un secreto a voces, como es la Gracia Soberana del Señor. Evaluemos nuestra realidad con la trascendencia que se merece. Hay demasiados cristianos pensando que su vida o sus hechos, no son tan importantes para el Reino, pero eso no es verdad.

Este es nuestro tiempo y tal vez, no estamos posicionados como Ester, en el trono real de una nación, pero estamos posicionados en Cristo y sentados en los lugares celestiales como reyes y sacerdotes para el Dios Padre (**Apocalipsis 1:6**). ¡Quién sabe si la gracia del Señor, nos ha posicionado en Cristo para trascender en un momento como éste, y ser las voces de la salvación para muchos!

“En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, a fin de que nosotros, que ya hemos puesto nuestra esperanza en Cristo, seamos para alabanza de su gloria...”
Efesios 1:11 y 12 NVI



Capítulo cinco

Las Voces del Dolor

“y dijo: Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito”.

Job 1:21

Por lo general, cuando las personas reciben la gracia de la vida en Cristo y comienzan a leer la Biblia por primera vez, se sienten impactados y conmovidos por las experiencias de vida que tuvo que enfrentar Job. De hecho, no importa cuántas veces lean este libro, pocos terminan de comprender ¿por qué suceden cosas tan malas a gente tan justa y buena como Job?

De hecho, ya produce todo un impacto, el ver a Satanás hablando con Dios, como si fuera uno de sus hijos (**Job 1:6**),

y convenciéndolo en repetidas ocasiones, de que acepte el mal contra Su siervo Job. Es más, el Señor mismo le dice a Satanás que observe la fidelidad de Job y luego acepta en diferentes ocasiones que el mal lo aceche de manera espantosa ¿Cómo puede ser que haya ocurrido algo así? ¿Por qué Dios aceptó una idea de Satanás, cuando esa idea consistía nada menos que en causar gran dolor a un hombre justo?

Bueno, personalmente debo confesar que también fui totalmente impactado por esa charla que se dio entre Dios y Satanás. Sobre todo porque fue una reunión secreta y a pesar de ser tan polémica, el Señor permitió que se difundiera a voces, para que todos, aunque muchos lo puedan cuestionar, conozcamos los detalles tan controversiales de esa extraña reunión.

***“Hubo en tierra de Uz un varón llamado Job;
y era este hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y
apartado del mal”.***

Job 1:1

Job era hombre perfecto y recto (**RV 60**), o como dicen otras versiones, era íntegro (**Castillian**), cabal (**Jerusalén**), veraz (**DA**), intachable (**NVI**), sencillo (**ORO**), bueno y honrado (**BLS**), justo (**NBE**), muy bueno (**TLA**), era además temeroso de Dios, obediente y apartado del mal. No debe quedarnos duda de su integridad, o como encierra todo la Reina Valera, diciendo que era ***“perfecto”***.

Job tuvo siete hijos y fue un hombre con mucha riqueza material, sin embargo honraba a Dios porque era temeroso y lo amaba, no simplemente porque lo había bendecido como sugirió Satanás. Para demostrarlo Dios permitió a Satanás que le quitara a Job toda la riqueza y lo que es peor, permitió que tocara la vida de sus hijos.

En todo esto, Job se mantuvo íntegro y sin cuestionar a Dios. Por tal motivo, también fue permitido a Satanás que afligiera a Job físicamente con una terrible sarna. Igualmente, con todo su dolor, Job no atribuyó a Dios despropósito alguno (**Job 1:22**).

Esto resulta glorioso y admirable, pero para ese momento, las voces del dolor, comenzaron a surcar el corazón de Job. Siempre que atravesamos un dolor como hijos de Dios, y conociendo Su amor y Sus promesas, sufrimos inevitablemente las voces del dolor. Voces que son de incertidumbre, de asombro, de todo tipo de dudas. Voces que no paran de hablarnos, voces propias, voces ajenas, pero voces inevitables que opinan, que evalúan, que concluyen y que expresan los supuestos motivos del dolor.

Aun así, y sin hundirse definitivamente en la desesperación, Job intuye la presencia de Dios, por tal motivo, conforme a las prácticas habituales del duelo en aquellos tiempos, rasga sus vestiduras, rasura su cabeza y postrado en tierra, pronuncia estas palabras: *“Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio*

y Jehová quitó; sea Jehová bendito". Es claro que Job, no expresaría esto, si no fuera consciente de estar haciéndolo ante la presencia del Señor.

En su inigualable dolor, Job no se enojó, ni acusó a Dios de nada. Sin embargo expresó su desencanto con la vida misma (**Job 10:17 y 18**). La primera voz de su dolor, fue hacia la vida misma. En el inicio de su crisis espiritual, dijo que preferiría no haber nacido. En otras palabras, si vivir es sufrir, o bien, si esta situación es la vida misma, entonces es mejor no ver la luz del día.

El dolor grave tiene un poder siniestro, pues puede hacer, que el hermoso regalo de la vida cambie de sentido y se vuelva algo insoportable de sobrellevar. Es por eso que Job prefiere no vivir más, y le expresa a Dios su desinterés respecto de la vida. Ante lo cual, debo confesar avergonzado, que antes de conocer al Señor, por mucho menos he llegado a pensar lo mismo.

La intensidad de los sufrimientos nos hace declarar palabras necias y faltas de fe. En el caso de Job, dijo cosas como: *“mi rostro está inflamado por el lloro y mis párpados entenebrecidos... Mis ojos se oscurecieron por el dolor... A la corrupción he dicho: Mi padre eres tú. A los gusanos: Mi madre y mi hermana...”*

Como si fuera poco para Job, el tratar de asimilar la enfermedad y el dolor internamente, intervino su mujer

diciéndole: ***“¿Aún retienes tu integridad? Maldice a Dios y muérete. Y él le dijo: Como suele hablar cualquier mujer fatua has hablado”*** (Job 2:9 y 10). Estas palabras de la mujer han sido interpretadas de manera diferente por comentaristas bíblicos. De hecho, creo que algunos de esos comentaristas o incluso ciertos traductores bíblicos, han tratado de dar enfoques diferentes de esta dura expresión. Por ejemplo la popular versión católica de Nacar Colunga, dice lo siguiente: ***“Díjole entonces su mujer: “¿Aún sigues tú aferrado a tu integridad? Bendice a Dios y muérete...”***

Entre maldecir y bendecir hay una diferencia abismal, porque son voces de opinión opuesta. El problema de esto, radica en el deseo de algunos, de explicar las actitudes o palabras dándoles un tinte espiritual que suene contundente, pero en realidad, yo veo la situación como algo más normal de lo que muchos procuran, y creo que la esposa de Job dijo, lo que puede sonar mal, pero sin dudas expresa la lógica del pensamiento humano.

Yo diría que hay que humanizar la situación vivida por esa pobre mujer, sin condenarla y considerando su dolor. Es preciso tener en cuenta que ella vivió intensamente y de primera mano, todo lo que sufrió su familia. Lo ocurrido partió su corazón y cambió su vida para siempre. La ruina total de las propiedades, la pérdida de todo el ganado, la muerte de los criados a su servicio, y sobre todo la muerte de todos sus hijos, debió afectarla tanto como a su renombrado marido. Es decir, excepto por la sarna que padeció Job, los

dos pasaron por los mismos sufrimientos, pero nunca se habla de la esposa del patriarca como una víctima, sino como una intolerante mujer. Se la tiene como la voz de la desalmada que deseo la muerte de su pobre marido.

La verdad, es que la mayoría de los rabinos interpretan el texto diciendo que la mujer, en un gesto de buenas intenciones trataba de consolar al marido en sus sufrimientos y mostrarle su preocupación por él. Otros intérpretes contemporáneos y principalmente occidentales, han juzgado duramente a la mujer de Job. El conocido teólogo del siglo XIII, Tomás de Aquino dice que la mujer de Job era de “mezquina mentalidad, que no tenía los quilates de virtud que tenía su marido y que pecó, tentada por el diablo, al actuar imprudentemente proponiendo a Job maldecir a su Dios”.

También San Agustín, en el siglo V, decía que la mujer, “con su falso amor al marido, llegó a convertirse en una ayudadora de Satán”. ¡Pobre mujer! Sinceramente creo que fue la voz lógica de una persona atravesada por el dolor, quebrantada por una situación que la superó totalmente. En realidad ¿Podemos imaginarnos atravesados por el dolor de perderlo todos nuestros bienes en un día y de ver morir a nuestros hijos? ¿Qué silencios haríamos nosotros? O ¿Qué voces levantaríamos para expresar el dolor?

Por otra parte, estaban los amigos de Job, quienes estaban seguros de que Job seguramente había pecado para merecer el azote que estaba sufriendo. De hecho, discutieron

con él sobre este asunto. Por su parte, Job en todo tiempo mantuvo su inocencia. Es cierto que confesó su deseo de no haber nacido, y que le hizo algunas preguntas a Dios, pero en realidad se mantuvo sin sacar lapidarias conclusiones ante lo que no podía comprender.

*“¿No es tu temor a Dios tu confianza?
¿No es tu esperanza la integridad de tus caminos?
Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido?
Y ¿en dónde han sido destruidos los rectos?
Como yo he visto, los que aran iniquidad
Y siembran injuria, la siegan”*

Job 4:6 al 8

Lamentablemente, los amigos de Job no fueron capaces de sobrellevar el misterio de su sufrimiento, por lo tanto sacaron conclusiones apresuradas acerca de la fuente de su aflicción. El primero de los tres fue Elifaz, quien reconoció que Job, había sido fuente de fortaleza para otros (**Job 4:3 y 4**). Sin embargo, no dejó de confrontarlo con el duro y poco oportuno comentario, respecto de que las cosechas de la vida, siempre son el resultado directo de las siembras.

El segundo amigo de Job fue Bildad, quien dijo casi lo mismo. *“He aquí, Dios no rechaza al íntegro, ni sostiene a los malhechores”* (**Job 8:20**). Eso es semejante a decir que si Dios lo estaba rechazando, al quitar su bendición, era porque era un malhechor y no por ser un hombre íntegro como él alegaba ser.

El tercer amigo, Zofar, repitió prácticamente lo mismo. ***“Si en tu mano hay iniquidad y la alejas de ti y no permites que la maldad more en tus tiendas, entonces, ciertamente levantarás tu rostro sin mancha, estarás firme y no temerás. Tu vida será más radiante que el mediodía”*** (Job 11:14 y 15). Sin dudas, las voces de los amigos de Job, se manifestaron livianamente ante la terrible situación que él estaba enfrentando.

La verdad, es que antes de continuar, me gustaría hacer un paréntesis, asumiendo el error, de haber predicado sobre los dichos de los amigos de Job, como si fueran la gran sabiduría del Reino. Sinceramente, debo asumir que mientras ellos expresaban su lógica, la realidad en la vida de Job era absolutamente diferente, y no precisamente por su falta de integridad. En otras palabras, la vida no tiene resultados matemáticos, lógicos o justos y los amigos de Job, solo expresan su necedad al no comprender esto.

Es por eso que hay malvados que parecen bendecidos y hay verdaderos piadosos que injustamente navegan por el dolor. Lamentablemente, durante muchos años, el mensaje motivador desde los púlpitos ha sido que, si somos creyentes nos irá mejor que a los demás. Que si vivimos con fe y oramos, todas las cosas nos van a salir mejor, pero esa es una media verdad, y por tal motivo, es inevitable que una parte de la misma no se pueda sostener.

No solo la vida de Job, sino también la vida de otros héroes de la fe, son un claro testimonio de que el dolor, siempre será parte de los seres humanos. Pretender eludirlo, no es una sabia manera de encarar la vida de Reino. Incluso la plenitud que nos otorga el Nuevo Pacto en Cristo, no considera la ausencia de dolor.

Podemos eludir el análisis del dolor en la pasión de Cristo, pero no podemos dejar de considerar el dolor en los apóstoles y en los hermanos de la Iglesia del primer siglo. Dolor que se ha replicado a través de toda la historia y aun en muchos países en la actualidad.

Los comunicadores del evangelio, debemos ser claros respecto del dolor en los últimos tiempos, porque ignorar u ocultar los embates de la tribulación contra el mundo y contra la Iglesia, no permitirá preparar los corazones como corresponde. Todos los predicadores, que enseñan a los hermanos que portándose bien, serán arrebatados antes que el dolor comience, deberían revisar cuidadosamente su teología, porque si están en un error, lo que enseñan puede ser fatal.

Es obvio que yo no estoy de acuerdo con una iglesia arrebatada antes de la tribulación y pueden escudriñar mis puntos de vista en mis libros titulados “Sesgo de normalidad” y “El resplandor de Su venida”. Por ahora, y en defensa de mis consideraciones, solo puedo decir, que es imperioso que la Iglesia se prepare para pasar la tribulación.

Si aquellos que enseñamos esto, estamos equivocados, solo nos ahorraremos dolor, al ser arrebatados con anterioridad, y seguramente todos recibiremos eso con alegría. Sin embargo, si el rapto no ocurre antes de la tribulación, estaremos en grandes problemas, si es que no advertimos, ni preparamos al pueblo para enfrentar lo que se viene sobre el mundo en los tiempos del fin.

“Más has de saber esto, que en los días postreros o hasta el fin del mundo sobrevendrán tiempos difíciles y peligrosos...”

2 Timoteo 3:1 ORO

No pude dejar de mencionar el dolor de los tiempos finales, pero cada día, el dolor acecha el corazón de las personas. La vida presenta circunstancias que no podemos eludir y la Biblia nunca nos plantea tal cosa. Pero sí nos enseña a enfrentar y superar toda adversidad en las fuerzas del Señor y no en las nuestras. Él se compadece de nuestras debilidades y conoce que somos polvo (**Salmo 103:14**).

El dolor puede comenzar en el secreto del corazón, pero cuando se hace público, nunca faltan las voces que replican livianamente sus opiniones y por cierto, en ocasiones, pueden ser muy crueles. Los supuestos amigos de Job razonaron bajo la premisa de que Dios, solamente envía calamidades a las personas malvadas y eso, no solo era una

errónea interpretación, sino que ponía a Job en posición de único responsable de todo mal.

Job trató de no aceptar este falso argumento, porque sabía que él había actuado con integridad, pero muchos cristianos sí lo hacen, porque dudan de sus obras o de su santidad. Amados, pensar así es muy peligroso, porque es desconocer la gracia del Señor. En la vida hay mucha gente buena que debe enfrentar tremendos dolores y mucha gente malvada que vive momentos de gran felicidad.

Ser cristianos o portarnos con justicia, no implica ser libres de todo dolor. Si no creemos esto, es porque no hemos comprendido al mundo y el testimonio de Jesucristo. Entonces, alguien podría preguntar ¿Para qué vivir en justicia si al final eso no cambia todas las circunstancias de vida? La respuesta es que nuestra justicia es Cristo y vivir en Él, es nuestra esencia, no nuestra opción. Es lo que somos, no lo que hacemos.

Es decir, no vivimos piadosamente o en justicia para que nos vaya bien, sino porque vivimos en Él, y eso debe ser así, aunque nos persigan, nos torturen, nos maten, o suframos de muchos dolores por causa de la fe. La vida puede ser muy cruel con la gente íntegra, pero aun así, si somos del Reino, no hay otra manera de vivir.

Esta teología de retribución divina que da por sentado que Dios bendice a aquellos que le son fieles y castiga a

quienes pecan. Tampoco es una afirmación completamente anti bíblica, ya que hay muchos casos en los que Dios envía calamidades como un castigo, como lo hizo en Sodoma (**Génesis 19:1 al 29**). Con frecuencia, nuestras experiencias sí corroboran esta posición teológica ya que, en la mayoría de situaciones, las cosas salen mejor cuando seguimos las enseñanzas de Dios que cuando las olvidamos. Sin embargo, Dios no siempre trabaja de esa manera. Jesús mismo dijo que el desastre no es necesariamente una señal del juicio de Dios (**Lucas 13:4**). Si no comprendemos esto, podemos caer en frustración.

En el caso de Job, sabemos que la teología de la retribución divina no fue confirmada, porque Dios dice claramente que Job era un hombre justo (**Job 1:8; 2:3**). El error devastador de los amigos de Job fue que usaron la generalización para analizar la situación de Job, sin saber de qué estaban hablando. Son un ejemplo de las ingratas voces del dolor.

Cualquier persona que haya compartido tiempo con un amigo que esté sufriendo un gran dolor, debe saber lo difícil que es permanecer a su lado sin tratar de argumentar respuestas. Es insoportable sufrir en silencio con un amigo que debe reconstruir su vida pedazo a pedazo, sin ninguna certeza sobre el resultado, pero ha decir, verdad, es la manera más sabia de ayudarlo.

Nuestro instinto es investigar qué salió mal e identificar una solución. Además, creemos que podemos ayudarlo a eliminar la causa de su aflicción y volver a la normalidad lo más pronto posible. Pensamos que al descubrir la causa, lo estaremos ayudando, o al menos estaremos ofreciéndole estrategias para enfrentar el duro destino. Preferimos encontrarle una razón al sufrimiento, sea correcta o incorrecta, antes que aceptar el misterio en la esencia del sufrimiento, pero no debemos caer en esa franca necesidad.

Lamentablemente, muchos de los que procuran dar voces para explicar el dolor, son los ministros del evangelio. Esto ocurre, porque siempre estamos dando voces a la fe, por lo cual, al momento del dolor, nos sentimos responsables de explicar lo inexplicable, o de argumentar a favor de Dios y Su justicia. Creo que debemos evitar el intento de explicar el dolor y simplemente debemos hacer silencio, a menos que el Señor nos guíe a lo contrario.

Si los amigos de Job sucumben ante esta tentación, sería necio creer que nosotros nunca lo haríamos. ¿Cuánto daño hemos causado los cristianos de buenas intenciones con nuestras respuestas al sufrimiento que, aunque suenan piadosas, son ignorantes porque no sabemos lo que decimos? Hay sufrimientos que surgen de motivos secretos. No debemos ponerle voces a esos dolores. El silencio puede ser muy sabio en algunas ocasiones.

Es muy necio pensar que podemos conocer las razones por las que otras personas están sufriendo algún dolor. La verdad es que ni siquiera conocemos las razones de nuestro propio sufrimiento. Sería más sincero y mucho más útil, admitir, que no sabemos todo y no tenemos por qué. Lo que sí podemos asegurar de manera contundente, es que ante todo y en todo tiempo, el Señor está con nosotros. No siempre para evitarnos el dolor, pero sí para consolarnos y fortalecernos cada vez que sea necesario.

Los amigos de Job no pudieron lamentarse con él ni reconocer que no tenían criterio para juzgar justamente lo que estaba atravesando. Estaban empecinados en defender a Dios, aunque esto implicaba acusar a Job, lo cual solo añadía dolor a su amigo.

Al avanzar en sus discursos, la retórica de los amigos se volvió cada vez más hostil hacia Job. De hecho, Elifaz le dijo: “*¿No es grande tu maldad, y sin fin tus iniquidades?*” (Job 22:5), y luego inventó algunas acciones malas para atribuirle a Job toda responsabilidad: “*No dabas de beber agua al cansado, y le negabas pan al hambriento*” (Job 22:7). “*Despedías a las viudas con las manos vacías y quebrabas los brazos de los huérfanos*” (Job 22:9). Esto fue muy perverso, pero sin dudas es lo que ocurre, con aquellos que hablan por hablar ante el dolor de los demás.

En el último discurso, Zofar señaló que el malvado no disfrutará de sus riquezas, porque Dios hará que su estómago

las vomite (**Job 20:15**). También dijo: “*Devuelve lo que ha ganado, no lo puede tragar; en cuanto a las riquezas de su comercio, no las puede disfrutar*” (**Job 20:18**). Esta es una manera apropiada de corregir la mala conducta de un malvado, el cual “*ha oprimido y abandonado a los pobres; se ha apoderado de una casa que no construyó*” (**Job 20:19**). Sin dudas este no era el caso de Job. Sin embargo, Zofar estaba empeñado en inculparlo.

Usualmente, los caminos de Dios son un misterio, son secretos que van más allá de nuestro entendimiento (**Salmo 139:6**). Cualquiera persona que haya experimentado el dolor puede haberse preguntado: ¿Qué he hecho para merecer esto? Es natural y no del todo incorrecto hacernos preguntas, pero algunas veces solo llegaremos a respuestas necias, porque lo que hacemos, no todos los dolores son el resultado directo de nuestras propias carencias, ya que muchos resultan de circunstancias que no podemos controlar, o incluso consecuencia directa de nuestra fe.

Eventualmente, los amigos de Job pasaron de cuestionar lo que él hizo mal, a cuestionar si había abandonado a Dios (**Job 15:4, 20:5**). Incluso durante los procesos del dolor, sus amigos lo animaron a regresar a Dios. Bildad le dijo: “*Si tú buscaras a Dios e imploraras la misericordia del Todopoderoso*” (**Job 8:5**).

Elifaz lo exhortó diciendo: “*Si vuelves al Todopoderoso, serás restaurado*” (**Job 22:23**). De nuevo, en

términos generales, este es un buen consejo, pero no era el momento, ni la persona que debía recibirlo. Cuando nos alejamos de Dios necesitamos que nos recuerden que debemos regresar a Él. Sin embargo, Job no ha hecho nada para merecer su sufrimiento. Aun así, las exhortaciones de sus amigos hicieron que Job comenzara a dudar de sí mismo.

Al no tener la comprensión de sus amigos, Job comenzó a entregarle a Dios sus emociones en vez de descargarlas en sí mismo o en las personas que lo rodeaban. Además, asumió que la fuente de las bendiciones, y también de las adversidades era solamente Dios.

“Más bien quisiera hablar con el Todopoderoso; me gustaría discutir mi caso con Dios. Porque ustedes son unos incriminadores; ¡como médicos no valen nada!

¡Si tan sólo se callaran la boca!

Eso, en ustedes, ¡ya sería sabiduría!

Job 13:3 al 5 NVI

Aun así, y sabiendo que ya no había nada que hablar con sus amigos, Job comprendía que nunca podría argumentar razonablemente ante Dios. ***“Si alguno quisiera contender con Él, no podría contestarle ni una vez entre mil. Sabio de corazón y robusto de fuerzas, ¿quién le ha desafiado sin sufrir daño?”*** (Job 9:3 y 4). No obstante, Job sabía que su angustia debía manifestar su voz de alguna manera. ***“Por tanto, no refrenaré mi boca, hablaré en la***

angustia de mi espíritu, me quejaré en la amargura de mi alma” (Job 7:11).

Job no estaba tratando de culpar a Dios, sino que deseaba ser escuchado y tratar de comprender los secretos motivos del dolor. Por eso decía: *“Él hace lo que está determinado para mí, y muchos decretos como éstos hay con Él” (Job 23:14).*

Un hombre joven, llamado Eliú, intentó hablar en nombre de Dios, antes de que Dios mismo le respondiera a Job. De hecho, sus expresiones en **Job 38 al 42** contienen parte de la más bella poesía acerca de la grandeza y la omnipotencia de Dios. Sin embargo, fue Dios mismo el que se apareció para expresar los motivos de Su soberanía.

Job respondió al discurso de Dios con humildad y arrepentimiento, diciendo que él había hablado de cosas que no sabía (**Job 40:3 al 5; 42:1 al 6**). Dios les dijo a los amigos de Job, que Él estaba en desacuerdo con sus voces, y que no habían hablado la verdad de las circunstancias. Luego les dijo que ofrecieran sacrificios y que Job oraría por ellos para encontrar perdón.

Dios restauró al doble la fortuna de Job (**Job 42:10**) y *“bendijo el Señor el postrer estado de Job más que el primero...” (Job 42:12)*. Job vivió 140 años después de su sufrimiento. Sin embargo, es claro que su vida nunca volvió a ser igual. Job escuchó las voces del dolor, escuchó a su

corazón, escuchó a su esposa, escuchó a sus amigos, pero luego escuchó a Dios. Entonces y solo entonces aprendió la diferencia entre la justificación humana y la gracia Divina.

En el libro de Job, todos argumentaron y Dios no tuvo problemas en levantar Su voz. Sin embargo, no hay una explicación más clara de las injusticias y el dolor, que las dadas por Jesucristo. ***“Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Isaías 53:7).*** Él llevó a los hombres, de la justificación humana, a la justificación Divina, y es entonces y solo entonces, cuando el dolor puede entregarnos una gran lección.

“Mi Dios, su proceder es perfecto, y su palabra es a toda prueba. Él es un escudo para cualquiera que se refugie en Él...”

Salmo 18:30 BLA



Capítulo seis

El gran secreto a voces

“¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera todas estas cosas y entrara en su gloria? Y comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les explicó lo referente a Él en todas las Escrituras.”

Lucas 24:25 al 27 LBLA

Este momento relatado por el doctor Lucas, respecto de los discípulos caminando hacia Emaús, es glorioso y también misterioso, ya que ellos, no pudieron reconocer al Señor en todo el trayecto, a pesar de ir hablando con Él en todo momento.

Los dos discípulos viajeros, invitaron a Jesús a su casa para una comida esa noche, y fue cuando tomó el pan y lo

bendijo, que les fueron abiertos los ojos y recién entonces pudieron reconocerlo. Sin embargo, en ese momento desapareció de la presencia de ellos (**Lucas 24:31**).

Ruego a Dios que durante la lectura de este capítulo, nuestra reacción sea como la de los discípulos, que se preguntaron a sí mismos: “*¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?*” (**Lucas 24:32**).

Mi deseo es que este secreto que el Señor guardó celosamente durante siglos, solo mostrando algunas pequeñas sombras a su pueblo, hoy nos sea abierto de par en par, a través de las voces del Espíritu Santo, quién en este Pacto, desea llevarnos hacia la verdad revelada (**Juan 16:13**), hacia la plenitud de Su persona.

El pueblo judío, como receptor de las Escrituras, obtuvo durante muchos años palabras proféticas, figuras y promesas respecto del Mesías. Hoy nosotros, viviendo en luz, podemos ver claramente Su persona, podemos reconocerlo claramente y vivir en Él, pero aún hoy en día, muchos de ellos, están cegados en su entendimiento (**Romanos 11:25**), por lo cual, aún permanece como un secreto a voces, agazapado y a las puertas de Su visible manifestación mundial.

Es curioso que en este relato de Lucas, Jesús no se reveló a sus discípulos diciéndoles directamente quién era,

sino que les habló a través de las Escrituras y les invitó a encontrarlo y reconocerlo primeramente en la Palabra. Luego se reveló como el Pan de vida, pero en primer lugar, los llevo a través de los secretos bíblicos.

Cuando estudiamos la Palabra de Dios, debemos tener en cuenta su totalidad, su armonía y su concepto de Plan Divino, secreto y misterioso, revelado solo a unos pocos por el Espíritu. El apóstol Pablo dijo lo siguiente, al considerarse como uno de esos privilegiados receptores de tan valiosa revelación:

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, se me concedió esta gracia: anunciar a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y sacar a luz cuál es la dispensación del misterio que por los siglos ha estado oculto en Dios, creador de todas las cosas”

Efesios 3:8 y 9

La gran pregunta sería ¿Por qué motivo el Señor determinó ocultar durante siglos este misterio? Y ¿Por qué motivo ese secreto, a partir de Juan, se dio a voces, para que muchos recibieran Luz al respecto? Bueno, consideremos lo siguiente: Cuando tenemos algo que para nosotros es muy valioso, no lo exponemos públicamente.

Nadie dejaría sobre la mesa, una joya muy valiosa, sobre todo si sabe que anda un ladrón merodeando. Nadie compartiría abiertamente su clave de cuenta bancaria. Nadie

contaría algún secreto muy íntimo de su vida pasada publicándolo en Facebook. Nadie desearía que el secreto más íntimo de su alma, se cuente a voces entre mucha gente, a menos que haya llegado el tiempo de su difusión, y eso fue lo que ocurrió con el Reino. Tratemos de comprender esto:

“En aquellos días llegó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado”.

Mateo 3:1 y 2

Juan el Bautista fue uno de los personajes más importantes y conocidos en la biblia. Fue el primer profeta que Dios llamó después de unos 400 años desde la época de Malaquías. Incluso su aparición había sido profetizada unos 700 años antes por el profeta Isaías, quién dijo: ***“Voz que clama en el desierto: Preparad camino al Señor; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios...”*** (Isaías 40:3). Este pasaje ilustra el plan maestro de Dios en acción, por cuanto Dios escogió a Juan para ser Su voz, para anunciar la venida de Jesucristo y el poder de Su Reino.

El ministerio de Juan creció en popularidad tal como se registra en **Mateo 3:5 y 6**: ***“La gente salió a él de Jerusalén y toda Judea y toda la región del Jordán. Confesando sus pecados, eran bautizados por él en el Río Jordán. Y salía a él Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia de alrededor del Jordán, y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados”***. Para ser bautizado

por Juan, la gente debía reconocer su pecado y arrepentirse, que era una necesidad para estar receptivos a la llegada del gobierno de Dios.

Por supuesto que el arrepentimiento asociado con el bautismo de Juan, no solo mantuvo a los fariseos alejados del agua, ya que no se veían a sí mismos como pecadores, sino que además no metió a nadie en el Nuevo Pacto. La idea era preparar corazones para el cambio que se venía. También debo decir que una vez más, solo trajo evidencia a la incapacidad humana de comprender, o generar voluntariamente cambios verdaderos.

Con esto quiero decir, que si el arrepentimiento es “*metanoia*”, o cambio de pensamiento, los seres humanos no podemos cambiar de verdad, sin la obra integral de Dios. Por eso, y a pesar de que muchos aceptaron el bautismo de Juan y se metieron al agua, no comprendieron la gran pasión que enfrentaría el Cordero, ni pudieron vivir el Reino, hasta después de la Cruz. De hecho, el mismo Juan, estando ya preso, dudó de lo que había visto en Jesús y mandó a sus discípulos a indagar si el Cordero, realmente era Él (**Lucas 7:19**).

Para los fariseos, las palabras de Juan fueron muy duras, ya que los llamó “*generación de víboras*” y además les advirtió celosamente, que no confiaran en su linaje judío para la salvación, sino que cambiaran su manera de pensar, y

dieran fruto de ese cambio, porque lo que se venía en ese tiempo, era el verdadero gobierno de Dios (**Mateo 3:7 al 10**).

¿Y cómo vino ese gobierno verdadero? Bueno, vino a través de la muerte de los pecadores en Cristo, y la resurrección para una vida santa y sujeta a la voluntad de Dios. Es decir, cuando Juan anunció el Reino, muchos se bautizaron y eso fue muy bueno, porque demostraron públicamente la voluntad de cambiar en dirección a lo que Dios estaba determinando con Su mensaje. Aun así, eso no significó entrar al Nuevo Pacto, lo cual solo fue posible, después de la muerte y resurrección de Jesucristo.

Vivir Reino, es vivir conforme a la perfecta voluntad de Dios. Lo cual fue, y sigue siendo, una obra imposible para los seres humanos de naturaleza pecaminosa, o no renacidos. Las voces dadas por el Señor durante miles de años a Su pueblo Israel, fue desobedecida permanentemente, pero no por la mala voluntad de quienes expresaron por momentos, gran devoción. Sino por la imposibilidad genética de obedecer con verdadera justicia.

Amo, bendigo y honro a la nación de Israel, por todo lo que ha significado para nosotros, pero más allá de ellos, el Señor tenía un secreto oculto, que Él mismo, expuso tenuemente a través de algunas voces proféticas para dar testimonio del advenimiento de Cristo. Sin dudas, esto fue un secreto para muchos judíos que no comprendieron el sentido global del diseño, y un secreto absoluto para las naciones del

mundo, que ignoraban aún, la existencia del Único y verdadero Dios.

Con la llegada de Juan, una voz se levantó en el desierto gritando un nuevo tiempo. Luego, el mismo Señor Jesús tomó la posta del mensaje de Juan y comenzó su ministerio público diciendo: ***“Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado...”*** (Mateo 4:17). A partir de entonces y hasta nuestros días, el gran secreto se da a voces, para que todos los que tengan oídos, oigan lo que el Espíritu Santo sigue pregonando a través de Su Iglesia.

Veamos un poquito las Escrituras, como si el mismo Jesús, las expusiera desde el principio, como hizo con esos discípulos camino a Emaús, o como le dijo a los judíos maestros, e intérpretes de la Ley: ***“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí...”*** (Juan 5:39).

“Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar...”

Génesis 3:14 y 15

En el principio, Dios le dictó sentencia a Satanás, quién bajo el disfraz de la serpiente sedujo a la mujer y a través de ella a Adán, para que comieran del fruto prohibido. Estas palabras tan contundentes, no fueron escuchadas por nadie más que por los presentes. Destaco nuevamente el fundamento de este libro, porque en esa época nadie pudo registrar esos hechos, ni esas palabras y sin embargo, hoy las conocemos millones de personas. Fueron secretos a voces en los cuales deberíamos encontrar la gracia de nuestro Dios.

¿Por qué esto es tan trascendente? Porque en estos dos versículos se resume y se resuelve el conflicto cósmico entre el bien y el mal. La sentencia fue declarada por el Soberano Dios, y desde entonces, no hay otro fin para Satanás que terminar derrotado por la simiente de la mujer. Quién es, nada menos que Jesucristo.

Alguien podría decir, que si fue dicho por Dios, no era ningún secreto, sin embargo, esto lo escribió supuestamente Moisés después de unos estimativos dos mil seiscientos años. Desde entonces, se reveló que ocurriría con el nacimiento de la simiente, pero no se detalló el cuándo y el cómo sería esto. Hoy podemos ver la historia completa, pero como dijo Pablo, esto fue parte de un misterio escondido durante siglos, de un secreto a voces que hoy nosotros, conocemos muy bien.

A partir de Adán, quién fue creado a imagen y semejanza de Dios, encontramos muchas figuras y sombras que pretendieron dar voces a ese secreto revelado solo de

manera selectiva y por cierto muy limitada. Notemos que solo Israel, entre todas las naciones de la tierra, tuvo el privilegio de recibir las Escrituras.

Fue en ellas, que se relata la existencia de Abel, el segundo hijo de Adán, quién también fue una clara figura del Mesías. Abel fue pastor de ovejas, mientras que Jesús es el buen pastor. El sacrificio de Abel, su piedad y su inocencia, excitó el enojo de Caín, tal como ocurrió con los religiosos en los días de Jesús. Caín dijo a Abel: **“Salgamos al campo...” (Génesis 4:8)**, y cuando estuvieron en el campo, lo mató. Los judíos condujeron a Jesús fuera de los muros de Jerusalén y lo crucificaron en el Gólgota. La voz de sangre de Abel clamó desde la tierra. Pablo dijo, que la aspersion de sangre de Jesús es más elocuente que aquella sangre.

Las Escrituras también nos cuentan sobre Noé, quién fue la consolación de su padre Lamec, esto es lo que significó su nombre. Jesús por la salvación a los hombres, logró la consolación del Padre. Noé fue un hombre justo y edificó un arca para salvar a todos aquellos que creyeron. Jesús edificó Su Iglesia, como una especie de arca providencial, fuera de la cual no hay salvación. Después del diluvio, Noé hizo un sacrificio y Dios hizo un pacto con él. Después del sacrificio ofrecido en la Cruz, el Padre hizo un Pacto con Jesús, y mediante ese pacto, nosotros entramos a su bendición.

En las Escrituras encontramos al patriarca Abraham, que es el padre de la fe y del pueblo de Dios. Jesús por su

parte, es el Padre de la nación santa, es el bendito de Dios y recibió en heredad las naciones y en posesión las extremidades de la tierra, haciendo benditas en Él a todas las familias de la tierra. Desde Su resurrección Jesús ha sido bendición para todas las familias de la Iglesia, pero en los tiempos de la plena manifestación de Su Reino, será sobre el mundo entero, es decir, sobre todas las familias de la tierra (**Génesis 12:1 al 3**).

Las Escrituras nos hablan de Melquisedec, quién también fue una voz que anticipó la evidencia del sacerdocio perfecto. Melquisedec quiere decir rey de justicia y rey de paz. ¿Jesucristo no es justamente ese rey que no tiene principio ni fin? Melquisedec fue sacerdote del Altísimo, y Jesucristo es y será por siempre, ese sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec (**Hebreos 5:10**).

Las Escrituras nos hablan de Isaac, que fue anunciado a su madre Sara por un ángel. De manera semejante, un ángel fue el que anunció a María el nacimiento de Jesús. Isaac, como un hijo inocente, fue condenado a morir, siendo entregado al altar por su padre. Jesús, hijo inocente y sin pecado, fue condenado a muerte, siendo entregado por Su propio Padre a la muerte de Cruz.

Isaac subió el monte Moriah cargando la madera que debía consumirlo. Jesús subió al monte Calvario, cargando la Cruz sobre su espalda. Isaac consiente a su inmolación, se dejó amarrar al altar sin resistencia. Jesús se ofreció a la

muerte y se dejó llevar y clavar en la Cruz, abandonándose a sus ejecutores sin abrir su boca (**Isaías 53:7**).

La muerte no pudo tocar a Isaac, y a Jesús, no pudo contenerlo. El padre de Isaac, le consiguió una esposa llamada Rebeca, a quién trajo de muy lejos. La gracia de esa mujer, es la gracia de la Iglesia, dada al Hijo como esposa para fructificar y desatar bendición sobre toda la tierra.

Sin necesidad de entrar en jugosos detalles, por una cuestión lógica, debemos reconocer que al escudriñar las escrituras, encontramos en todos los personajes, o en sus hechos, figuras muy significativas a través de las cuales el Padre, fue dando voces proféticas, revelando lineamientos de un secreto profundamente guardado, pero a la vez, continuamente anunciado desde el principio de todas las cosas. Ningún ser humano, podría haber creado una obra histórica tan gloriosa. Jesucristo mismo lo dijo:

“Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir...”

Apocalipsis 1:8

Sigamos viendo las Escrituras: Por ejemplo José, entre los hijos de Jacob, fue una de las imágenes más sorprendentes del Mesías Redentor. José estuvo expuesto a los celos de sus hermanos porque era más amado por su padre. Jesús, objeto de las complacencias del Padre, se proclamó como Hijo y

como Rey, solo logrando el odio y de la envidia de los hermanos judíos, sus compatriotas.

José, fue vendido por sus hermanos a unos mercaderes extranjeros. Jesús, fue enviado a los romanos, vendido por un judío llamado Judas, para padecer el suplicio de la Cruz, reservado a los esclavos.

José fue detenido con dos prisioneros, anunciándoles a uno su muerte, y al otro su liberación gloriosa. Jesús crucificado entre dos ladrones, prometió a uno la felicidad del cielo y al otro, solo la condenación de su descrédito. José pasó de su prisión a las gradas del trono. Jesús salió glorioso de la tumba para ser ascendido al Trono de Gloria.

José nutrió a todo el mundo conocido, con el trigo que había almacenado. Jesús como el pan de vida bajado del cielo, salvó al mundo del hambre y por supuesto, también a Sus traidores hermanos. Por su parte, el Faraón, a pesar de gobernar la nación más pagana, idólatra y poderosa de la tierra, colmó a José de honores delante del nombres. Jesús será levantado con poder en Su gloriosa venida, y si bien toda la Iglesia lo honra y lo adora como el eterno Rey, en este sistema pagano e idólatra del mundo, toda rodilla se doblará ante Su presencia, no solo sobre la tierra, sino aún en el mismo infierno.

Como es fácil de notar, cuanto más avanzamos en la historia del pueblo de Dios, la figura del Mesías, se percibe

de manera más clara y luminosa. El gran profeta y apóstol llamado Moisés, también nos suministra muchas figuras que gritan con claridad sobre el plan secreto.

En la época en que nació Moisés, el faraón planificó la muerte de los hijos de los hebreos. Cuando Jesús nació, en los días del rey Herodes, este también hizo morir a todos los hijos de Belén y de sus alrededores. Moisés escondido por su madre, escapó a las órdenes bárbaras del faraón, y pasó los primeros de su vida en Egipto. Jesús escapó al furor de Herodes y fue escondido por sus padres en Egipto.

Moisés fue preparado para su misión de libertador de Israel en el desierto, enfrentó al faraón y ayunó cuarenta días en el Sinaí. Jesús se preparó para su misión y fue llevado por el Espíritu, al desierto, para un ayuno de cuarenta días en donde enfrentó al mismo Satanás.

Moisés hizo milagros y condujo al pueblo hebreo a través del mar rojo, para liberar de la servidumbre de Egipto. Jesús hizo milagros e hizo pasar a los hombres por las aguas del bautismo, para liberarlos de la servidumbre original.

Moisés, condujo a los hebreos a través del desierto, hacia la tierra prometida, los nutrió con el maná caído del cielo y les dio a beber agua milagrosa. Jesucristo, conduciendo a los cristianos a través del desierto de esta vida, hacia la plenitud del Reino, que es la verdadera tierra

prometida, nos nutre con el verdadero Pan de Vida y nos da a beber cada día, las aguas de Su Espíritu.

Moisés bajó del monte con la Ley. Jesús bajó a la tierra como la Palabra viva. Moisés trajo las demandas del Padre. Jesús nos trajo la gracia y la verdad, por medio de las cuales somos equipados y capacitados para vivir la voluntad del Padre (**Juan 1:17**).

Moisés, cuando descendió de la montaña tenía su rostro resplandeciente de luz. Jesús, en el monte de la transfiguración, resplandeció por completo. Moisés, mediante su oración, apaciguó por un tiempo, la ira de Dios intercediendo por su pueblo. Jesús intercede por su pueblo y apacigua sin cesar la ira de Dios contra los hombres, hasta el día señalado. La mortandad en el desierto fue para los rebeldes y la mortandad en el mundo entero, será para los que desprecien orgullosamente la gracia del Señor.

Moisés tuvo a sus setenta y envió a doce hombres a explorar la tierra de Canaán. Jesús tuvo a sus setenta y envió a sus doce apóstoles a predicar y hacer discípulos.

Y que diremos del cordero pascual, de la sangre derramada, del monte Sinaí, de la nube, del maná, de la roca, del tabernáculo, del altar de bronce, del lavacro, de los panes de la proposición, de la lámpara labrada en oro, del altar del incienso, del arca del pacto, de los sacrificios permanentes, del chivo expiatorio, de la serpiente de bronce, de los frutos

de la tierra, o de la tierra misma que era el reposo deseado ¿A quién representaban todas esas figuras? ¿Quién era la tierra prometida? ¿Quién es nuestro reposo? Cristo, Cristo es todas las voces, es toda la plenitud anunciada y deseada.

Si avanzamos en las Escrituras, veremos a Josué, cuyo nombre quiere decir Salvador, al igual que el nombre Jesús. Fue el guerrero y conquistador, al igual que Jesús, y los hizo conquistar la bendición, igual que Jesús. Él está en cada batalla, en cada avance, en cada enseñanza.

Aun cuando entraron en la tierra, y cada vez que el pueblo se desvió de la voluntad de Dios, encontraremos que los Jueces como Otoniel, Aod, Samgar, Débora, Gedeón, Tola, Jaír, Jefté, Ibzán, Elón, Abdón, Sansón, o el mismo Samuel, son la expresión de Cristo y aun si escudriñamos sus batallas encontraremos a Cristo.

Si llegamos a los reyes, encontraremos primeramente Saúl, que representa al hombre queriendo reinar todo a su manera y a David, que nuevamente es la expresión de Cristo. David, nació en Belén, recibió de Samuel la consagración real por orden de Dios. Jesús, nació en Belén, y fue el ungido de Dios para Reinar.

David, con una pequeña piedra, venció al gigante Goliat y al ejército de los filisteos. Jesús, en la cruz, venció a Satanás y a todo el ejército de las tinieblas. David no llegó a reinar sobre la casa de Israel, sino luego de grandes trabajos

y de numerosos procesos. Jesús no fue reconocido como el Rey de reyes sino después de mucha hostilidad en todos sus días de peregrinaje.

David regresó a Jerusalén el arca de la alianza que había sido secuestrada por los Filisteos. Jesús, después de haber quebrado el poder de las tinieblas, estableció Su presencia en el corazón de su Iglesia por siempre.

David fue un varón con un corazón conforme al corazón de Dios. Jesús, indudablemente redobló esa responsabilidad demostrándolo al no pecar jamás. David terminó por triunfar sobre todos sus enemigos. Jesucristo triunfó sobre todo principado, toda potestad y anuló definitivamente todo decreto que nos era contrario, vencéndolos y despojándolos definitivamente en la Cruz del Calvario (**Colosenses 2:15**).

También encontraremos las voces en el rey Salomón, cuyo nombre significa paz. Jesús es el Príncipe de paz. Después de las guerras y las conquistas de David, Salomón tuvo un reinado tranquilo y glorioso; después de sus luchas y sus victorias terrestres, Jesús fue ascendido y Su Reino es un Reino de paz, de prosperidad y sin fin.

Los judíos y los gentiles, fueron invitados y unidos por Salomón, para la construcción del templo. Jesús con judíos y gentiles, edificó la Iglesia y la perfeccionará hasta la plenitud. La sabiduría de Salomón fue renombrada en toda la tierra.

Jesús por su parte, es la sabiduría misma que llegado el momento se encarnó y después de Su resurrección se imparte sobre la Iglesia cada día, al ser Su cabeza.

Si llegamos a los profetas, veremos que Jeremías fue un hombre preservado y consagrado para servir a Dios con verdadera pasión. Jesús fue el Santo que entregó su vida con un corazón ardiente por amor, actuando y hablando con inquebrantable obediencia al Padre.

Desde su infancia, Jeremías fue elegido por Dios para enseñar al pueblo la voluntad divina, pero siempre sufrió el rechazo de los suyos. Jesús vino a nacer y vivir para traer a los hombres el Reino verdadero, pero los suyos no lo recibieron y desde siempre ha sufrido la hostilidad.

Jeremías vino a desviar a muchos judíos del culto a los ídolos. Jesús vino a sacar a los hombres de las tinieblas de la idolatría para conducirlos al conocimiento del verdadero Dios. Jeremías fue, por causa de su piedad y de sus actos, maltratado por el pueblo judío. Jesús, debido a sus palabras y sus milagros, fue criticado, encarcelado y acusado por los judíos.

Jeremías soportó con dulzura y paciencia las injurias y los malos tratos, pidiendo incluso perdón por aquellos que lo maltrataban. Jesús aguantó sin decir nada los insultos y los golpes y, sobre la cruz, pidió a Dios perdón por aquellos que lo agredieron injustamente.

Por supuesto, también encontraremos su figura en el profeta Isaías, en Ezequiel, en Daniel, en Oseas, en Joel, en Zacarías, en Esdras y aun en su relato respecto de Zorobabel, hijo de Salatiel, y Jesúa, hijo de Josadac, quienes se levantaron para reedificar la casa de Dios en Jerusalén.

Zorobabel, de la raza de David, se encargó de conducir a Jerusalén a los judíos liberados de la cautividad de Babilonia. El Mesías, hijo de David, vino a la tierra para sacar a los hombres de la servidumbre de este mundo y conducirlos a la Jerusalén celestial. Zorobabel reconstruyó el templo de Jerusalén. Jesucristo construyó el edificio de su Iglesia con las “piedras vivas” que somos los cristianos (**1 Pedro 2:5**).

Las Escrituras dicen que un ángel, hizo quitar a Jesús, hijo de Josadac, sus vestiduras, lo revistió con un hábito precioso y le colocó sobre la cabeza una tiara resplandeciente. Jesucristo, después de haber sido crucificado como hombre, fue revestido de inmortalidad, recibiendo en el cielo la diadema del triunfo.

El ángel dijo al hijo de Josadac: **“Gobernarás mi casa y guardarás mi templo...”** (**Zacarías 3:7**). Jesucristo fue establecido por su Padre como Juez soberano del universo y guardián de toda la Iglesia. El hijo de Josadac trabajó en la restauración del templo. Jesús fundó la Iglesia que es el templo del Dios vivo.

Es así como, en el curso de los siglos, las Escrituras nos da sus voces, respecto del misterio escondido que un día había de revelarse en Jesús, el Redentor que devolvió a los hombres su posición perdida en Adán. Dios hizo aparecer toda figura y personajes para nosotros. Afirmó, mediante ellos, nuestra fe, dándonos testimonio de Su amor y Su glorioso plan.

Esas mismas figuras, esas mismas voces que dan perpetuo testimonio de Su obra, nos hablan también de Su pronta venida. Él es el Mesías esperado, figurado y profetizado. Es según la palabra del profeta Hageo “*el deseado de todas las naciones*”. El universo entero lo escuchó decir: “*vengo en breve...*” Y desde entonces lo llama con todas sus voces y repite con todos sus santos, el gran anhelo de la creación: “*Amén; sí, ven, Señor Jesús...*” (Apocalipsis 22:20).



Capítulo siete

Las Voces del Reino

“Porque ¿quién estuvo en el secreto de Jehová, y vio, y oyó su palabra? ¿Quién estuvo atento a su palabra, y la oyó?... No envié yo aquellos profetas, pero ellos corrían; yo no les hablé, mas ellos profetizaban. Pero si ellos hubieran estado en mi secreto, habrían hecho oír mis palabras a mi pueblo...”

Jeremías 23:18, 21 y 22

Deseo concluir con este capítulo haciendo resonar esta verdad inquebrantable, que Dios nos ama apasionadamente y que siempre está dispuesto a hablarnos. Él comprende nuestra condición, Él sabe que nuestra vida en este cuerpo es como la flor del campo (**Salmo 103:15**), o como la niebla de la mañana (**Santiago 4:14**). Él sabe que no estuvimos presentes en situaciones secretas, pero vitales para el

desarrollo de Su propósito, por tal motivo, las encapsuló en relatos y voces, que han llegado hasta nuestros días para impulsarnos a Su voluntad.

La Iglesia pasará por tremendos tiempos finales que se avecinan. Sin embargo, también vivirá el avivamiento más extraordinario que jamás se haya experimentado. El profeta Oseas nos muestra algo extraordinario a través de sus escritos.

“Venid y volvamos a Jehová; porque él arrebató, y nos curará; hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos delante de él. Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a Jehová; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra...”

Oseas 6:1 al 3

Esto es lo glorioso de las Escrituras, que pueden revelarnos la verdad, en varias dimensiones diferentes. Hay mensajes para Israel, hay mensajes para la Iglesia y hay mensajes para toda la humanidad. Hay mensajes que revelan a Cristo, hay mensajes que revelan lo pasado y también lo por venir. Es glorioso lo que Dios puede mostrarnos a través de un mismo pasaje.

Yo siempre digo, que la Palabra de Dios, es como un diamante que puesto cerca de una luz, desprende

maravillosos destellos de colores y de formas diferentes. Según con qué luz y desde donde sea alumbrado, emite diferentes mensajes, aunque todos se desprenden del mismo diamante.

En una dimensión primaria, Oseas estaba hablando a Israel, en un contexto de exhortación para volverse a Dios, considerando que el mismo Dios que permitió la aflicción por causa de la desobediencia, es el mismo Dios que sana todas las heridas. Luego hace referencia a la muerte y resurrección de Jesucristo, la cual traería una nueva vida para todos aquellos que crean. Levantados para vivir por siempre con Él.

El profeta dice que luego de esa dimensión de resurrección a través de la cual podemos habitar con Él, nos permitirá conocerlo y proseguir en ese conocimiento para alcanzar plenitud (**Efesios 4:13**). Y luego menciona el mismo concepto que mencionó el profeta Joel: *“Vosotros también, hijos de Sion, alegraos y gozaos en Jehová vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio...”* (Joel 2:23).

Consideremos esto: Pedro dijo que para Dios, un día son como mil años (**2 Pedro 3:8**), por lo cual, podemos decir que hoy, a partir de Cristo, estamos en el tercer día de la resurrección. Al tercer día el Señor creó los árboles que dieron fruto (**Génesis 1:12 y 13**). Y creo que nosotros como

plantíos de Jehová (**Isaías 61:3**) daremos frutos espirituales como nunca antes.

La lluvia temprana y tardía, que menciona Oseas y también Joel, se utiliza como un término simbólico del derramamiento del Espíritu Santo. Estos términos están relacionados con la temporada de lluvias anuales de Palestina, ya que la lluvia temprana era la que caía durante el otoño en el momento previo a la siembra de la tierra asegurando así la cosecha de invierno. Sin esta lluvia la semilla no podía germinar, por lo que era necesaria la lluvia para llevar a cabo la semilla. La lluvia tardía por su parte, era la que caía durante las primeras semanas de la primavera antes de la cosecha. Era la lluvia necesaria para hacer que la plantación madurase y abriera su fruto para la cosecha.

Simbólicamente, la lluvia temprana significa el derramamiento del Espíritu Santo, que aconteció a principios de la iglesia en el Pentecostés (**Hechos 2**). Esta manifestación del Espíritu Santo vino para germinar la semilla del Evangelio que estaba comenzando a ser sembrada en la tierra.

Por su parte, la Lluvia Tardía es el derramamiento del Espíritu Santo que esperamos se derrame poderosamente en los últimos días de la historia de la tierra y preparará el terreno para la cosecha que Cristo realizará en su segunda venida. Cuando la Iglesia sea castigada por la aflicción de la tribulación, recibiremos una lluvia gloriosa que nos abrirá con coraje, para la gran llegada del Rey. Sin dudas creo, que

la lluvia tardía será un evento glorioso, tal como nunca ha ocurrido hasta hoy.

La lluvia temprana capacitó a los apóstoles para realizar su obra en el primer siglo, enfrentando la hostilidad, la persecución y la muerte del sistema gobernante. La lluvia tardía será uno de los mayores acontecimientos de la historia de la iglesia, y con ella seremos fortalecidos para enfrentar el tiempo de angustia y estar de pie durante las aflicciones que se vienen. Además, esa lluvia capacitará a la iglesia para dar la última advertencia a este mundo, con palabras ungidas, con señales y prodigios poderosos.

“Después de estas cosas derramaré mi espíritu sobre toda la humanidad: vuestros hijos e hijas profetizarán, los viejos tendrán sueños y los jóvenes visiones. También sobre siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días; mostraré en el cielo grandes maravillas, y en la tierra sangre, fuego y nubes de humo. El sol se volverá oscuridad, y la luna, como sangre, antes que llegue el día del Señor, día grande y terrible.”
Pero todos los que invoquen el nombre del Señor se salvarán de la muerte, porque en el monte Sión, en Jerusalén, estará la salvación, tal como el Señor lo ha prometido. Los que él ha escogido quedarán con vida.”

Joel 2:28 al 32 DHH

Eso significa que el poder y las voces de Dios a través de Su Iglesia, serán elevados como nunca antes. Todos los

secretos del Reino, dejarán de serlo, porque Dios dará la última advertencia a toda la humanidad. Será tan poderoso lo que ocurrirá, que nadie podrá ignorarlo. Aun así, muchos rechazarán la voz del Señor y se expondrán a sus juicios, pero Dios hablará como nunca antes lo hizo.

La Palabra de Dios no solo será la que tenemos escrita, sino que Dios soplará Su Palabra viva sobre los cuatro extremos del mundo. Su palabra será “rhema” en nuestra boca y por eso hoy, es tan trascendentes que escudriñemos los tesoros del “logo” divino, los encendamos y los retengamos en nuestro corazón hasta los tiempos del fin.

“Esto hace más seguro el mensaje de los profetas, el cual con toda razón toman ustedes en cuenta. Pues ese mensaje es como una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y la estrella de la mañana salga para alumbrarles el corazón...”

2 Pedro 1:19

Dios anhela encender Su palabra en nuestro corazón, desea vivificarla para que produzca sus frutos. No debemos distraernos en este tiempo. El sistema está haciendo todo lo posible para hablarnos y distraernos de la verdad. No debemos escuchar las muchas voces de este mundo, sino a nuestro Santo y Glorioso Dios.

Por eso les quiero mencionar los tesoros del Reino, que están escondidos, y que podemos recibirlos a través de Su

palabra. El pasaje que leímos al principio, dice: “*Quién vio y oyó...*”. La palabra de Dios no es solo para oírla sino para verla, porque eso es revelación. No es algo nuevo que escuchamos, sino algo que vemos y por tal motivo podemos vivir.

Jesús dijo a los religiosos de Su época: “*Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de vuestro padre...*” (**Juan 8:38**). Por eso la autoridad en Sus palabras, todos percibían que hablaba diferente a los demás, porque Jesús, no solo expresaba conocimiento intelectual, sino verdadera revelación.

Dios nos ha dado Su Palabra escrita, pero el profeta Joel dice que también nos hablará a través de sueños y visiones. Cuando hablo de los tesoros del Reino, me estoy refiriendo a las cosas que Dios quiere hacer, que no están escritas, porque todavía ojo no la vio, ni oído la escuchó, sin embargo Él las ha preparado para nosotros (**1 Corintios 2:9**).

Es curioso que algunos ministros, que dan autoridad a esta Palabra escrita por Pablo y que aun la predicán, niegan y descalifican las voces de Dios, que pueden llegar a nosotros a través de Su Espíritu Santo y de la forma en que Él, como nuestro guía desea darnos (**Romanos 8:14**). Muchas veces escuche decir a estos ministros que Dios no habla fuera de las Escrituras, sin embargo, con ese cerrado entendimiento, solo terminan anulando los dichos de la misma.

Lo que nadie vio, nadie oyó, ni se ha imaginado, son las cosas que Dios ha preparado para la Iglesia de los últimos tiempos. Yo creo que lo que Dios ha planificado para nosotros es único, y por tal motivo, el Señor nos necesita como el apóstol Juan en Patmos, que dijo estar *“en el Espíritu...”* (**Apocalipsis 1:10**) para poder ver y entender lo celestial. Nosotros también debemos habitar la dimensión del Espíritu, porque el Señor desea mostrarnos, tal como le reveló a él todo el libro de revelaciones.

¡Dios anhela mostrarnos sus tesoros escondidos! Cuando yo era apenas un incipiente evangelista, creía saber lo suficiente de la Palabra como para ejercer mi ministerio con efectividad. Sin embargo, un día, el Señor me habló y me dijo: “Capacítate, prepárate, estudia, porque hasta ahora solo has tocado las olas en el mar de mi Palabra y deseo llevarte a las profundidades, deseo mostrarte mis tesoros ocultos...” Esto fue solo una parte de lo que me dijo, pero fue suficiente como para reflexionar y comprender que tocar las olas de un mar, es no conocer nada de sus riquezas.

Con los años he tratado de obedecer ese mandato, y debo reconocer que esa palabra recibida, contenía una gran verdad. Hoy puedo decir que he visto y comprendido varios tesoros, pero seamos sinceros, ante tantos años de exploración submarina y aun con toda la tecnología actual ¿Cuánto conocemos de las profundidades marinas? Así y más, es lo que Dios ha preparado para los que lo aman, y lo buscan con pasión.

Creo que hoy, el liderazgo de la iglesia, debería sumergirse desesperadamente en las profundidades de la presencia del Señor. No para encontrar nuevos bosquejos, o curiosos detalles bíblicos, sino para recibir Luz respecto de los muchos secretos que deben ser revelados en los tiempos del fin. Y digo el liderazgo, no procurando hacer diferencia con otros hermanos, todos debemos hacer lo mismo, solo hago énfasis en el liderazgo, porque somos los responsables de impartir a todo los hermanos.

Un líder no es alguien que sabe mucho y gobierna al resto, un líder espiritual, es alguien que ha visto y por causa de ver, vive sin hipocresías bajo el gobierno de Dios y esa causa será de bendición y podrá guiar a muchos hermanos. De hecho, es fácil descubrir la diferencia entre un líder que sabe y un líder que ve, porque el conocimiento envanece, pero la revelación produce humildad y quebranto. Los que saben quieren enseñorearse de los hermanos, los que ven solo quieren ser gobernados por el Señor.

Dios nos dice: “Si logran entrar en mis secretos, harán oír mis palabras, serán mi voz en las naciones...” Cuando no estamos en las profundidades de los secretos de Dios, no conocemos sus tesoros y sin verdaderas riquezas no hay nada que decir. La gente no tiene deseos de oír a los que pueden hablar mucho, sino que desean oír a quienes tienen algo que decir de parte de Dios.

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos”.

Isaías 55:8 y 9

Hoy en día, hay muchos comunicadores que levantan sus voces buscando presentar soluciones a los problemas de la gente, pero los secretos de Dios, solo tienen que ver con Su propósito. Si no damos voces para que la Iglesia suba a las dimensiones del pensamiento divino, solo procuraremos bajar a Dios como el gran contribuyente de nuestros planes.

La Iglesia de los tiempos finales, la Iglesia del tercer día de Dios, es una Iglesia con propósito Divino, no con planes humanos. Es una Iglesia despojada de sí misma. No es la Iglesia que idolatra a los súper ministros, o rebosa de orgullo por los “mega templos”, es la Iglesia gloriosa del Señor. Con cosas o sin cosas, será la Iglesia con presencia de Dios y voces de libertad.

La Iglesia de los tiempos finales, será una Iglesia apostólica y profética, porque habrá entendido lo que eso realmente significa. Será como Eliseo ante los sirios. Todos los movimientos que los sirios procuraban, eran conocidos y anticipados por Eliseo. Eso turbó mucho al rey de Siria, considerando la posibilidad de que hubiera entre ellos algún traidor que estuviera revelando los planes secretos a Israel.

Pero uno de los siervos le dijo: ***“No, rey señor mío, sino que el profeta Eliseo está en Israel, el cual declara al rey de Israel las palabras que tú hablas en tu cámara más secreta...”*** (2 Reyes 6:12). Esto es glorioso, porque una Iglesia que habita el secreto de Dios, puede saber los perversos planes más secretos del enemigo.

Con el tiempo y ante la falta de compromiso del pueblo y los gobernantes con la palabra de Dios, Samaria fue sitiada por los sirios. El rey de Israel que estaba enojado con Eliseo porque, según él, era por las profecías de Eliseo que la ciudad de Samaria estaba sitiada y el pueblo estaba sufriendo gran hambre. La Iglesia de los tiempos del fin, será una iglesia determinante para los acontecimientos de las naciones.

El tiempo pasó y luego de un sitio largo, no había ni comida ni agua en Samaria, al punto que la gente se comía sus propios hijos. Este rey se indignó y dijo: ***“¿Esto es culpa de Eliseo!”*** Y envió gente para matarlo. Pero Eliseo había profetizado palabra de Dios y no era su culpa lo que estaba ocurriendo sino de quienes ignoraban las voces del Señor.

Eliseo estaba sentado en su casa, y con él estaban sentados los ancianos; y el rey envió a él un hombre. Más antes que el mensajero viniese a él, dijo él a los ancianos: ***¿No habéis visto cómo este hijo de homicida envía a cortarme la cabeza? Mirad, pues, y cuando viniere el mensajero, cerrad la puerta, e impedidle la entrada. ¿No se oye tras él el ruido de los pasos de su amo?***

Aún estaba Eliseo hablando con ellos, y he aquí el mensajero que descendía de parte del rey le dijo: Si ciertamente este mal que dices viene de parte de Dios. ¿Para qué hemos de esperar más a Dios? Entonces Eliseo le contestó: “Oíd palabra de Dios: *“Mañana a esta hora, a la entrada de la ciudad de Samaria, con una moneda de plata se podrán comprar tres kilos de harina o seis kilos de cebada”* (VLS).

El hombre del rey le dijo: ¡Esto no sucederá ni aunque Dios abra las ventanas de los cielos! El profeta le contestó: *“Tú lo vas a ver con tus propios ojos, pero de eso no comerás nada...”* (2 Reyes 7:1 y 2 VLS).

La Iglesia de los últimos tiempos será así, profética y ungida como Eliseo, con una doble porción de unción, en relación a la Iglesia del primer siglo. Será una Iglesia que habitará los secretos de Dios y dará su voz profética a las naciones, y los gobernantes se llenarán de espanto.

Jesús dijo que el Espíritu Santo en nosotros, nos diría las cosas que estén por acontecer (**Juan 16:13**). Para dar voces a los secretos del Reino, debemos conocer el futuro, pero no como algunos pretenden conocerlo hoy, interpretando el apocalipsis de mil maneras diferentes, porque nadie respetará, ni temerá a una Iglesia dividida y confundida.

La pandemia vivida estos últimos años, reveló que la Iglesia orgullosamente profética que pretendíamos ser, no era más que un montón de voces opuestas, confusas y desorientadas. Y no generalizo esto, pretendiendo ofender a nadie, porque siempre habrá entre nosotros gente enfocada y verdaderamente profética, pero generalizo, porque la única manera de revertir nuestras falencias, es que todos asumamos el estado general de la Iglesia y los errores cometidos.

Somos un cuerpo y nadie debería decir: “Yo no sé los demás, nosotros estamos en lo correcto y punto...” Ese orgullo se debe terminar. Debemos tener una mentalidad corporativa y no individualista o sectaria.

Jesús dijo al Padre en oración, que debíamos ser perfectos en unidad para que el mundo crea (**Juan 17**). Lo somos en la consumación espiritual, pero todavía no lo somos en la plena manifestación, por eso necesitamos un avivamiento como nunca antes se ha visto. Necesitamos la lluvia tardía que renueve las voces proféticas, dando Luz a los gloriosos secretos de Dios. Y estoy persuadido de que el Señor lo hará, porque lo ha prometido y porque está profundamente interesado en revelarnos sus secretos para no ser tomados por sorpresa en los terribles últimos tiempos.

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas”

Amós 3:7

El Señor quiere que veamos lo que no se ve, lo invisible, lo secreto, y que se lo contemos a las naciones advirtiéndolo lo que ha de venir con toda certeza. ¡Los que habitan bajo la sombra del Omnipotente, conocerán sus secretos! Debemos dejar de distraer a los profetas, invitándolos a eventos de aniversario, o eventos para convocar personas, procurando que vengan muchos y reciban palabras del ungido. Los profetas del cuerpo, no están para entretener personas, sino para dar voces de gobierno a los líderes de la Iglesia.

Si pasamos el tiempo orando conforme a lo que pensamos o creemos que ocurrirá y no conforme a lo que Dios nos ha revelado en Su secreto, los planes de Dios no podrán realizarse. Las oraciones de la Iglesia no son para pedir deseos, sino para activar la fe. Y la fe, solo puede ser fe cuando está sustentada por las palabras que Dios nos habla. Tener deseos o necesidades, no es tener fe. Creer que Dios hará lo que pedimos, no es tener fe.

Fe, es haber estado en el secreto de Dios, y enterados de Su perfecta voluntad, obrar conforme a ella. Orar con Fe, es pedir creyendo que Él hará, lo que dijo que hará, y no lo que deseamos nosotros. Esas oraciones nunca fallan, y así será la intercesión de los últimos tiempos.

Hay dos clases de creyentes, los que operan conforme a las circunstancias y los que producen el propósito de Dios. Los verdaderos hijos de la Luz, no son los que reaccionan

conforme a las circunstancias sino los que producen en la tierra, lo que Dios está hablando en el cielo. El deseo de que venga la plenitud de Su Reino, es lo que nos hará funcionar alineados a Sus diseños.

Dios simplemente tiene caminos secretos, jugadas perfectas y me apasiona pensar en Su gloriosa Soberanía. Dios tiene secretos guardados y busca a personas que inviertan tiempo de calidad en Su presencia. Eso no implica la necesidad de subir a una montaña y ayunar durante cuarenta días, sino poner nuestra mente y nuestro corazón en Él, más que en cualquier otra cosa. Hay demasiados cristianos ocupados o entretenidos con simples vanidades. Esto parece simple y casi lógico, pero la distracción de los medios, es el arma más peligrosa que el enemigo ha desplegado en esta posmodernidad.

La Iglesia de hoy ¿Está dispuesta a renunciar a sus planes? Yo sé muy bien, que siempre vinculamos nuestros proyectos al Reino, pero ¿Estamos seguros de eso? ¿Podríamos renunciar a un cargo ministerial, a una obra, a una edificación, a viajes o emprendimientos, si supiéramos que no son parte del diseño de Dios? ¿Tendremos la humildad de poner a los pies del Señor, todo lo que tenemos, todos nuestros logros y todo lo que creemos ser?

Yo creo que por ahora no, porque no lo estamos haciendo, porque aun los procesos de la pandemia, no han sacudido lo suficiente algunos egos. Pero no soy un

pesimista, simplemente creo que lo que nosotros no estamos haciendo con verdadera humildad, lo hará el Señor con verdadero quebranto y unción. Por eso necesitamos el último y más glorioso avivamiento que jamás haya ocurrido, necesitamos la lluvia tardía.

No será un avivamiento para unos pocos privilegiados, no será para los famosos, no será para llenar nuestros templos de gente, será para equipar la Iglesia, será para quebrantar todo ego y empoderarnos con verdadera autoridad espiritual. Será para manifestar, el tremendo poder del Reino. Milagros, señales y prodigios, serán junto a las muchas voces ungidas de la Iglesia, las herramientas con las cuales daremos a conocer los secretos de Dios hasta lo último de la tierra.

“El fin del mundo llegará cuando las buenas noticias del reino de Dios sean anunciadas en toda la tierra, y todo el mundo las haya escuchado...”

Mateo 24:14 BLS



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

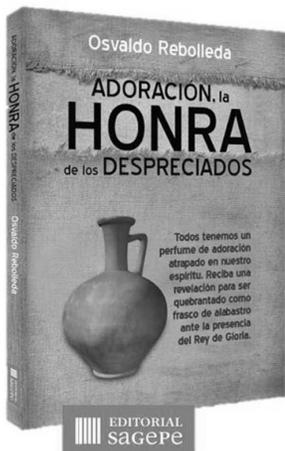
Y ministra de manera itinerante en Argentina

Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

Otros libros de Osvaldo Rebolleda

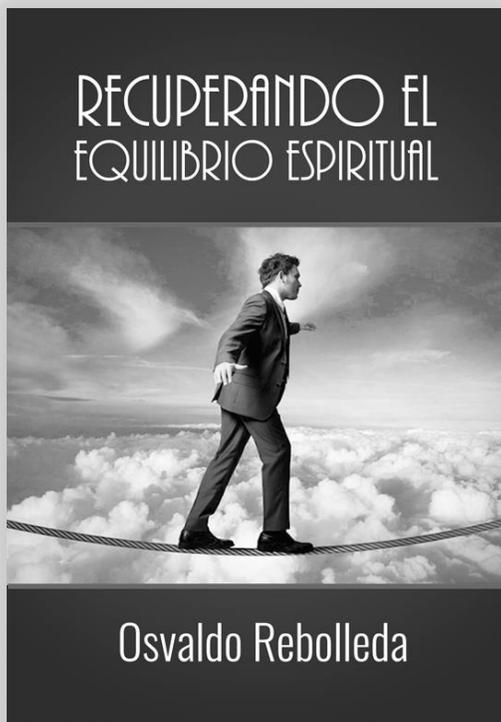


“Todos tenemos un perfume de adoración atrapado en nuestro espíritu. Reciba una revelación para ser quebrantado como frasco de alabastro ante la presencia del Rey de Gloria...”

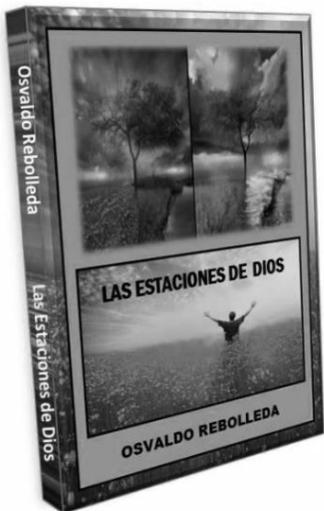
“Un libro que lo llevará a las profundidades de la Palabra de Dios, un verdadero desafío a entrar en las dimensiones del Espíritu”



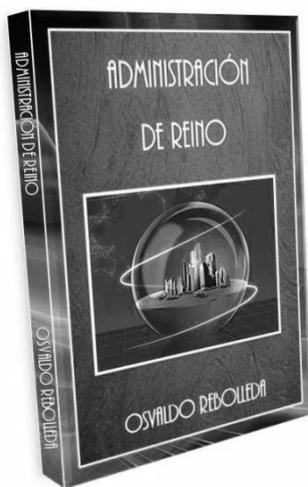
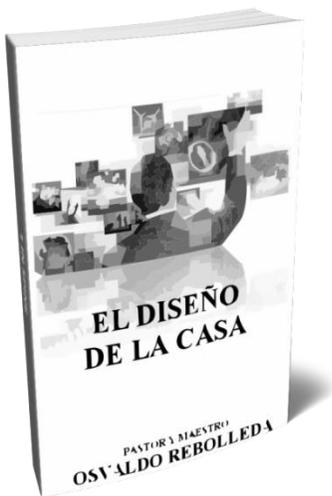
Un material que todo ministro debería tener en su biblioteca...

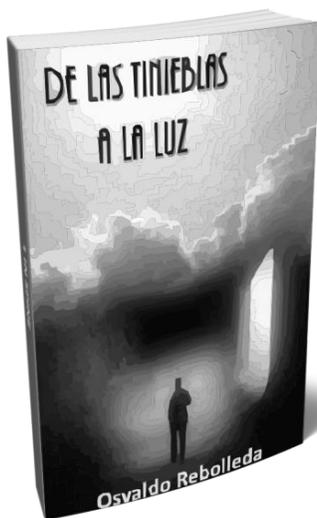
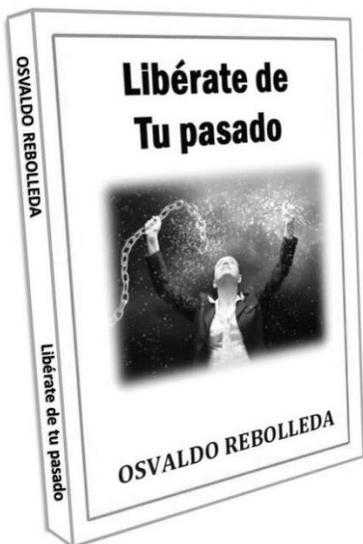


«Todo cambio debe ser producido por Dios a través de los hombres y no por los hombres en el nombre de Dios...»

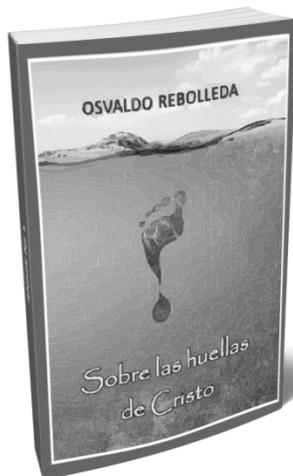


www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

